

LA INSPECCIÓN POLÍTICO MILITAR DE LAS ISLAS CAROLINAS HECHA POR MANUEL MORIANO Y VIVÓ EN 1888

José Francisco FORNIÉS CASALS¹

RESUMEN

El artículo está destinado a dar a conocer un manuscrito inédito del comandante del Cuerpo de Estado Mayor Manuel Moriano y Vivó, relativo a una inspección político militar llevada a cabo en diciembre de 1888 en las islas Carolinas de Yap y Ponape, donde aparecen interesantes datos acerca de la geografía de las islas, los habitantes de las mismas y sobre todo el estado de la administración y la guarnición militar de las colonias allí asentadas. El texto contiene una encendida crítica a cuanto allí se hacía, y representaba una alternativa a lo que vio, discrepando abiertamente del modelo de colonia que se había establecido. Se completa el trabajo con una sucinta biografía del autor del manuscrito, hombre perspicaz, buen militar, amante de la naturaleza y experto en artes cinégticas.

PALABRAS CLAVE: Islas Carolinas. Colonialismo español. Administración pública y militar. Biografía.

SUMMARY

The aim of the article is to make known an unpublished manuscript of the commander Manuel Moriano y Vivó from the staff (Cuerpo de Estado

¹ Universidad de Alcalá.

Mayor), regarding a political-military inspection carried out in December 1888 in the Caroline Islands of Yap and Ponape. There is interesting data concerning the geography of the islands, their inhabitants and especially the state of administration and military garrison of the colonies settled in. The plot contains an alive criticism towards what was done there, and represented an alternative to what he saw, openly disagreeing to the colony model that was established. The work is completed with a brief biography of the author of the manuscript, a perceptive man, good soldier, nature lover and expert in cynegetics.

KEY WORDS: Caroline Islands. Spanish colonialism. Public and military administration. Biography.

* * * * *

1. El manuscrito.

En una de la visitas que realizaba periódicamente a la cuesta de Moyano en 1985, cuando ocupaba la jefatura de la biblioteca del Fondo para la Investigación Económica y Social de la Confederación Española de Cajas de Ahorros, en una conversación mantenida con José Antonio Fernández Berchi², el librero por entonces que más me atraía de aquel entorno por el contenido de sus anaqueles, por su trato reposado y ameno, y por los muchos conocimientos que tenía sobre aquellas mercaderías, me comentó que había detectado una cierta polémica en torno a las islas Carolinas al conmemorarse el centenario del enfrentamiento ocurrido entre alemanes y españoles con motivo de la ocupación de las mismas, y que había caído en sus manos un manuscrito relacionado con aquel archipiélago, posiblemente encontrado por alguno de los chamarileros que le llevaban habitualmente papeles o libros y que dada mi condición de historiador había decidido poner en mis manos de forma gratuita. No me dio más explicaciones, sino que algún día escribiría sobre el tema, de manera que le di las gracias, me llevé el manuscrito y lo dejé en mi casa, entre los libros de historia, sin que yo le hiciera mucho caso, pues en verdad mis trabajos no tenían ninguna orientación hacia los problemas de nuestras posesiones americanas y asiáticas

² Fallecido el 27 de enero de 2010, a los 83 años, ante mi sorpresa, pues mantuve con él una conversación telefónica diez días antes, y nada me hizo pensar en un desenlace de aquella naturaleza, ya que charlamos fluidamente sobre temas del pasado y mantenía una total lucidez de pensamiento.

en el siglo XIX, excepto en lo tocante a la existencia de cajas de ahorro en aquellas latitudes.

Pero hace un par de años, en 2008, me integré en un grupo de investigación que se formó en nuestra Universidad dedicado al análisis histórico del concepto de frontera en lo concerniente a España³, para ayudar a su gestión y organización, y me vi precisado a buscar un tema de investigación que encajase en aquella línea. Me acordé entonces del manuscrito que a groso modo trataba de las islas Carolinas, que constituían por su situación geográfica el borde más oriental de lo que quedaba del antiguo imperio español y que por lo tanto podían considerarse como nuestra frontera más lejana, de manera que busqué el manuscrito y lo leí al objeto de ver qué información tenía, si era conocido y si podía utilizarlo.

El manuscrito lleva por título Reconocimiento político militar de las Colonias establecidas en las islas Carolinas, efectuado en el mes de Diciembre del año 1888 por el Comandante del Cuerpo de Estado Mayor, Don Manuel Moriano y Vivó. Se trata de un texto de 229 páginas más 3 de índice final, de 15,5 centímetros de ancho por 21,5 de alto, cosido a mano, y con tapas de cartón pegadas ligeramente deterioradas, al que le falta un conjunto de mapas y dibujos que el autor menciona que realizó separado del texto. Su organización por materias se hace según el índice siguiente: Ligeras ideas generales de las Islas Carolinas. Descripción general de la Isla de Yap. Descripción de la colonia o campamento Reina Regente. Consideraciones generales sobre los edificios y defensa de esta colonia. Estado en que se hallan las fuerzas que guarnecen dicha colonia, su alimentación, asistencia facultativa y servicio que prestan. Influencia y prestigio de que se halla rodeado el Gobierno P.M. de esta Isla y ventajas obtenidas en ella por la instalación de la colonia. Descripción general de la Isla de la Ascensión. Descripción de la colonia de Santiago de la Ascensión. Consideraciones generales sobre los edificios y defensa de esta colonia. Estado en que se hallan las fuerzas que guarnecen dicha colonia, su alimentación, asistencia facultativa, y servicio que prestan. Influencia y prestigio de que se halla rodeado el Gobierno P.M. de esta Isla y ventajas obtenidas de ella por la instalación de la colonia. Resumen general y observaciones finales.

El texto al final va firmado por el autor, firma que no ofrece dudas en cuanto a su autenticidad, pues la he cotejado con otras firmas que aparecen en obras suyas existentes en la Biblioteca Nacional. La fecha de la redacción no aparece citada, pero como quiera que en aquella ocasión

³ Investigación realizada con la ayuda de la Dirección General de Universidades e Investigación de la Consejería de Educación de la Comunidad de Madrid y la Universidad de Alcalá (CCG07-UAH/HUM-1713).

permaneció en Filipinas hasta el 9 de septiembre del año 1889, y dado un comentario que hace, según el cual las ventanas de la casa del gobernador de la isla de Ponape, se cerraban con conchas, similares a las de “esta capital”⁴, nos hace suponer que dicha capital era Manila, y que el texto debió ser redactado a la vuelta del viaje a las Carolinas a partir de enero de 1889, y antes de abandonar la capital del archipiélago con destino a Madrid en comisión de servicio.

Con respecto a la originalidad del manuscrito y al conocimiento que se tenga sobre éste y su posible utilización como base para la redacción de otros trabajos, nada hemos encontrado que nos permita dudar de su autenticidad, si bien parte del tema ya lo habían analizado otros autores, como es el caso de J. Montero y Vidal en 1886⁵, que aportó narraciones algo más extensas sobre asuntos concernientes a la geografía y a los nativos de las islas de Yap y Ponape, fijándose en detalles no siempre coincidentes con los que atrajeron la atención de Manuel Moriano, que en ningún caso hacen suponer que este último se documentara en la obra de J. Montero, pero si lo hizo en autores que cita de pasada como fueron Adalberte von Chamisso de Boncourt, Louis Isidoro Duperrey, Jules Sébastien César Dumont d’Urville, y los marineros rusos Lütke y Martins, que dejaron constancia de su presencia en aquellas aguas del Pacífico en obras extensas y voluminosas.

La siguiente obra destacable publicada sobre las islas Carolinas fue el trabajo de A. Cabeza Pereiro en 1895⁶, donde narraba con detalle los acontecimientos vividos por él en 1890 en la isla de Ponape, que visitó como médico de la columna de las tropas enviadas aquel año para sofocar la segunda rebelión de los nativos contra la colonia española, y en la que de forma más amplia, documentada y exacta describe la isla en todos sus aspectos, obteniendo por su redacción, que incluía mapas, planos y otros documentos gráficos, un premio de la Junta Superior Consultiva de Guerra, sin que hallamos notado que utilizase el manuscrito de M. Moriano. Así resulta, que el manuscrito de este último se halla cronológicamente entre las obras de J. Montero Vidal y A. Cabeza Pereiro, que no se influyeron entre sí, y que el objetivo fundamentalmente militar del M. Moriano, era diferente al de los otros autores coetáneos citados.

⁴ *Reconocimiento...*, ob. cit. p. 134.

⁵ *El Archipiélago filipino y las islas Marianas, Carolinas y Palaos: Su historia, geografía y estadística por...*, Madrid, Imprenta y Fundición de Manuel Tello, 1886.

⁶ *Estudios sobre las Carolinas. La isla de Ponape. Geografía, etnografía, historia por... Médico de la Columna de operaciones de 1890 con un prólogo del Excmo. Sr. Teniente General D. Valeriano Weyler*, Manila, Tipo-Gráfica de Chofré y Comp., 1895.

Con posterioridad a estos autores y en obras españolas referidas a las Carolinas tampoco hemos hallado mención del manuscrito de M. Moriano, en concreto ni en Joaquín Costa⁷, ni en J. Sánchez Díaz⁸, ni en la obra más extensa y documentada como es la monografía de María Dolores Elizalde Pérez-Grueso⁹, en las que no reflejan de forma tan pormenorizada como lo hace M. Moriano la situación de las tropas españolas destinadas en las colonias de Yap y Ponape en el año de 1888, aunque en otros muchos aspectos geográficos, etnológicos, políticos y económicos lo rebasen cabalmente.

2. *El autor del manuscrito.*

Manuel Moriano y Vivó¹⁰ fue a lo largo de su vida, militar de carrera, experto cazador, y gran conocedor y amante de la naturaleza, ámbitos acerca de los cuales escribió varias obras. Nacido en Madrid el 28 de abril de 1860, era hijo de Manuel María Moriano y Arcos de la Iglesia, natural de Sevilla, y de Josefa Vivó y Ripollés, natural de Madrid. Desde los 12 años se inició en el arte de la caza, como el mismo reconoció en varias ocasiones, lo que le puso en contacto con el campo, pues cazaban tanto en zonas llanas como de monte. Aquella actividad junto con su formación escolar en la que destacó su aprendizaje de la lengua francesa, le fueron decantando hacia la carrera militar, que inició con 16 años y una estatura de 1 m. y 615 mm., dado que el 1 de septiembre de 1876 ingresó en la Academia de Estado Mayor de Ejército, alcanzando el grado de alférez el 14 de julio de 1879, y el de teniente de Estado Mayor el 30 de junio de 1881, finalizando así sus estudios en la Academia, de la que salió con el número 4 de su promoción, con 21 años recién cumplidos¹¹.

A continuación realizó sus prácticas reglamentarias en varios regimientos de Infantería, Caballería, Artillería e Ingenieros, y en la Fábrica de Armas de Artillería de Sevilla, que tuvieron lugar entre julio de 1881 y mayo

⁷ *Alemania contra España. Una lección a Bismarck: España duerme, pero no está muerta*, Madrid, Sociedad General Española de Librería, Diarios, Revistas y Publicaciones, 1915.

⁸ “España en el Pacífico: La isla de Ponape”, *Revista de Historia Militar*, nº 37, 1974, pp. 137-154.

⁹ *España en el Pacífico. La colonia de las islas Carolinas, 1885-1899. Un modelo colonial en el contexto internacional del imperialismo*, Madrid, C.S.I.C., 1992.

¹⁰ En el Archivo General Militar (AGMS) se conserva su expediente militar sección 1ª, legajo H.4584, que consta de 18 folios, del cual se extraen los datos concernientes a su carrera militar que utilizamos al referirnos a la misma. En el Archivo General de la Administración (AGA) se conserva otro expediente sobre M. Moriano con datos personales, signatura (2) 78.1 61/19911.

¹¹ AGMS, doc. cit., ff. 1 y 4, y AGA, doc. cit. donde consta el certificado de boda y los datos sobre los padres.

de 1883, quedando destinado en la Sección de Andalucía. Unos meses después, el 9 de diciembre fue nombrado capitán de Estado Mayor del Ejército de Puerto Rico, embarcando el 10 de enero de 1884, con destino en la Capitanía General, incorporándose al servicio tras su llegada el día 24 del mismo mes. Allí comenzó sus actividades como experto en topografía, pues se pasó 4 meses, de febrero a junio, trabajando en el levantamiento de itinerario con objeto de formar una costa militar en la isla, y al año siguiente, 1885, de marzo a julio intervino también en el levantamiento del plano itinerario del territorio. Los servicios de clase en la Capitanía General los compaginó de julio a diciembre con las tareas de profesor de la academia preparatoria para hijos de militares¹², y con sus asuntos personales, pues en octubre se casó con Luisa Daban y Ruiz. Él tenía 25 años y ella 17, y era hija del capitán general y gobernador de Puerto Rico, el teniente general Luis Daban y Ramírez de Arellano, natural de Pamplona, y de Clementina Ruiz y Melo, natural de Sevilla¹³.

Durante 1886 volvió a trabajar en topografía y se pasó 3 meses ejecutando itinerarios parciales para la formación del mapa militar de la isla, pero a comienzos de 1887, el 10 de enero, cesó en la Capitanía General de Puerto Rico, 4 días después que su suegro, regresando a España, donde permaneció 4 meses de baja por enfermedad, causando baja en el Ejército de Puerto Rico, y alta en el de la Península a partir del 20 de mayo. El primero de junio se incorporó al Depósito de Guerra, y comenzó su colaboración en los trabajos de la comisión nombrada para levantar el plano de Madrid, donde permaneció hasta fin de febrero de 1888, pues el 27 de dicho mes fue nombrado comandante de Estado Mayor por paso a Filipinas. Su llegada a Manila tuvo lugar el 5 de julio tras embarcar en Barcelona el 4 de marzo, espacio de tiempo en el cual cumplió los 28 años¹⁴.

Destinado en la Capitanía General, sin dejar de prestar el servicio ordinario de su clase, formó parte del tribunal de examen de ingreso de los sargentos del Ejército de Filipinas en la Academia de Zamora del 5 al 10 de noviembre, y el 9 de aquel mismo mes recibió un comunicado del Capitán General, transmitido por el brigadier jefe del Estado Mayor, ordenándole realizar “un detenido reconocimiento P. M. de las colonias y destacamentos establecidos en las Islas Carolinas”, para cuya realización se embarcó el 25 de noviembre de 1888 y regresó el 14 de enero de 1889,

¹² AGMS, doc. cit. ff. 1, 4 y 5. Consolidó su cargo de capitán por antigüedad el 19 de julio de 1886.

¹³ AGA, (9) 2.3 51/3066, L. Daban fue gobernador de la isla hasta el 6 de enero de 1887, en que cesó a petición propia por mala salud. Anteriormente había sido capitán general de Aragón.

¹⁴ AGMS, doc cit., ff. 1, 2, 5 y 6. Consolidó su cargo de comandante por antigüedad el 23 de julio de 1895.

un total de 51 días, de los cuales más de la mitad fueron de navegación y el resto de permanencia en las islas de Yap y Ponape, lo que nos hace suponer que residió en cada isla alrededor de 12 días, y que las restantes 27 jornadas las pasó en el mar, entre ida, paso de una a isla a otra, y regreso. En aquellas estancias fue donde tomó las notas que le permitieron a su regreso la redacción del Reconocimiento, que sin llevar fecha de comienzo o terminación, debió escribir al volver. Justo en aquellos meses, el 21 de junio se firmó una Real Orden en la que se apreciaba el mayor celo y perseverancia demostrados en la comisión de levantamiento del mapa militar de la isla de Puerto Rico, lo que constituía el primer reconocimiento a sus trabajos de campo, y al llegar el mes de agosto, en concreto el día 20, le llegó una Real Orden telegrafiada concediéndole una comisión de servicios para que se trasladase a la Península, que empezó a cumplir el 9 de septiembre cuando se embarcó en Manila, llegando a destino a finales de año¹⁵.

No sabemos que repercusión tuvo la redacción del Reconocimiento en su hoja de servicios, pues no se recoge en la misma, cosa que si ocurría con otros servicios prestados como sus intervenciones extraordinarias de profesor, examinador, responsable o colaborador en el levantamiento de planos y mapas. Esto permite pensar que fue tal vez una escritura silenciada por las críticas que hacía a determinadas acciones de los gobernadores de las colonias, capitanes de fragata superiores a él en la escala de mando, y por los consejos y recomendaciones que contenía, que no eran en todo coincidentes con lo que por entonces estaba realizando el gobernador de Filipinas en las citadas islas, achacables unas y otros a su sinceridad y juventud. La realidad fue que el proyectado “detenido reconocimiento” encargado y sin lugar a dudas redactado trabajo, no aparece mencionado entre sus méritos.

No obstante, su carrera no se detuvo, y era a todas luces brillante, a lo que debió contribuir su suegro, ya que unos meses después de volver de Manila, el 27 de julio de 1890 fue nombrado gobernador civil de Batangas (provincia de Filipinas), y por lo tanto jefe de administración de 2ª clase con sólo 30 años de edad, y con un sueldo anual de 1.750 pesetas y otras 2.750 de sobresueldo¹⁶, lo que motivó su baja en el Ejército a partir del 3 de agosto siguiente, cuando le faltaban 6 meses y 7 días para cumplir el tiempo de reglamentaria permanencia en Ultramar, que completaría caso de volver, si

¹⁵ En el mismo, ff. 6 y 7.

¹⁶ Archivo Histórico Nacional (AHN), Ultramar, 1240, expe. 28. El 31 de enero de 1891 solicitó ser incluido en el escalafón del personal del Ministerio de Ultramar, por su cargo en Filipinas.

hubiera disponible un destino de plantilla¹⁷. Embarcado en Barcelona con su esposa Luisa Daban en el vapor Isla de Luzón el 22 de agosto, llegó a Manila el 20 de septiembre, y tomó posesión como gobernador el 4 de octubre, permaneciendo en el cargo hasta el 10 de diciembre de 1892, y embarcando para España 3 días después¹⁸.

Su siguiente paso en la carrera administrativa se produjo sin solución de continuidad al ser nombrado jefe superior de administración de 1ª clase y secretario general del Gobierno de la Isla de Puerto Rico el 2 de diciembre, con 2.000 pesetas de sueldo y 3.000 de sobresueldo, lo que explica la rapidez de la salida de Manila. En esta ocasión el impulso de los Daban a su carrera parece más evidente, ya que desde el 21 de noviembre anterior el tío de su esposa, Antonio Daban y Ramírez de Arellano, que había ocupado la Capitanía General de Valencia, fue nombrado gobernador civil y capitán general de Puerto Rico¹⁹. Embarcado para la isla el nuevo secretario el 10 de febrero de 1893, tras llegar, tomó posesión el día 21 del mismo mes en presencia de su tío político. Pero las cosas no rodaron como estaba previsto, y a los pocos meses, el 5 de junio M. Moriano recibió el encargo de A. Daban de trasladarse a la Península para dar cuenta personalmente al subsecretario de Ultramar de algunos asuntos, viajando del 15 al 21 de aquel mes, y sin que tengamos noticia de más cuestiones, resultó que M. Moriano el 14 de julio presentó su dimisión como secretario del Gobierno de Puerto Rico, alegando su mal estado de salud²⁰, dando fin así a sus cargos civiles en el Ministerio de Ultramar, de paso que solicitaba su reincorporación al Ejército.

En efecto, por Real Orden de 12 de agosto fue readmitido con destino a Filipinas pues como vimos le quedaban 6 meses y 7 días por cumplir en Ultramar, y tras embarcar el 15 de septiembre llegó a Manila un mes más tarde. Allí el 8 de noviembre fue nombrado miembro de la comisión que ya estaba funcionando al norte de la isla de Luzón, destinada a informar sobre las reducciones de infieles hechas por los comandantes político-militares, las necesidades de las mismas, sus vías de comunicación abiertas y en proyecto, y en general sobre el estado del camino militar del Abra a través de la cordillera central del territorio. El 18 de febrero de 1894 regresó a Manila, una vez terminada su misión, pasando a prestar servicio de su clase en la sección de Estado Mayor, si bien desde el 16 de enero ya había salido la Real Orden donde se determinaba que llegado el 22 de marzo volviera a la Pe-

¹⁷ AGMS, doc. cit., f. 6.

¹⁸ AHN, doc. cit.

¹⁹ AGA, (9) 2.3 51/3066, expediente de A. Daban, permaneció en el cargo en Puerto Rico hasta el 21 de mayo de 1895, cesando a petición propia por mala salud.

²⁰ AHN, doc. cit. y AGMS, doc. cit., f. 6.

nínsula a continuar sus servicios, por haber cumplido en Ultramar el tiempo de permanencia reglamentario. El trámite se cumplió, pues causó baja en el Ejército de Filipinas el 3 de marzo, y embarcó el día 22 en el vapor Isla de Luzón, llegando a Barcelona el 21 de abril²¹.

Durante el resto del año 1894 y 1895 ocupó varios destinos, tras estar excedente hasta el 12 de julio en que fue destinado al cuartel general del 4º Ejército, al que no se incorporó por una comisión de servicios en Madrid, que se prolongó hasta fin de año. Acto seguido, el 12 de enero se incorporó a su destino, pero el 15 de febrero fue destinado a la Junta Consultiva de Guerra, entrando a formar parte de la 2ª sección y reunión especial del Cuerpo de Estado Mayor. A partir del 28 de mayo fue nombrado secretario de la Central de Transportes Militares, y el 24 de agosto se le destina para el percibo de haberes a la Escuela Superior de Guerra, pero prestando sus servicios en comisión en el Ministerio de la Guerra, causando baja en la Junta Consultiva. Permaneció en el cargo hasta el 23 de diciembre en que fue destinado al Ejército de la Isla de Cuba²².

Embarcado en el vapor Patricio Satrústegui el 12 de enero de 1896, llegó a La Habana el día 27 de aquel mes, y permaneció en la isla hasta el 20 de octubre de 1897. Su primer destino lo tuvo en el cuartel general del primer Cuerpo del Ejército, comisionado en el propio cuartel general del capitán general, desempeñando las funciones de censor de imprenta, además de las peculiares de su clase. El 25 de febrero pasó con carácter accidental a la jefatura de Estado Mayor de la columna al mando del general Francisco Hernández Bernal, entrando en combate los días 1, 6, 18, 21, 23 y 31 de marzo, lo que motivó el que se le reconociera por parte del mismo un brillante comportamiento, como bizarro en el combate, activo e inteligente en otras funciones, y de gran aptitud y entusiasmo, en concreto por la acción del día 1 “obtuvo juicio de votación para el empleo inmediato y fue recomendado en el parte como distinguido”, citación la de distinguido que se repitió por las acciones de los días 21, 23 y 31. Como consecuencia de estas consideraciones se le concedieron el 13 de junio la gran cruz de 2ª clase de María Cristina, por su intervención en el combate de la loma de Mancey del día 1, y el 1º de agosto la gran cruz de 2ª clase del Mérito Militar, por su comportamiento en el combate sostenido en el cafetal Estrella el 21 de marzo. Mientras el 24 de abril fue destinado como jefe de Estado Mayor a la 2ª división del tercer Cuerpo del Ejército, entrando en combate los días 16 y 31 de julio, y el 2 de agosto, por lo que fue recomendado al capitán general,

²¹ En el mismo, f. 7.

²² En el mismo.

tras lo cual regresó a La Habana destinado a la capitanía general, y a partir del 12 de septiembre, vuelve al cuartel del capitán general²³.

El 3 de enero de 1897 se dirigió a Cruces a incorporarse a la columna mandada por el general en jefe. Intervino en todas las operaciones a las órdenes del mismo, entrando en combate los días 1, 2, 9, 15 de febrero y 3, 7, 8 y 12 de marzo. De resultas de la acción del día 9 de febrero en Mana Jayabo el 1 de julio se le concedió el empleo de teniente coronel de Estado Mayor por méritos de guerra, cuando tenía 37 años de edad. Posteriormente, el 4 de mayo de 1898 se le concedió la cruz de 2ª clase del Mérito Militar con distintivo rojo, en recompensa por su comportamiento en las operaciones a las órdenes del general en jefe de la provincia de La Habana en 1897. También desde febrero hasta septiembre de 1897 había realizado salidas al mando de columnas para recoger reses y otras operaciones, más llegado el 13 de octubre el capitán general lo mandó a la Península, embarcando en el vapor María Cristina el día 20, con llegada a Santander el 3 de noviembre, trasladándose a Madrid en situación de reemplazo hasta el 29 de enero de 1898²⁴.

Desde 1898 hasta 1911, en que ascendió a coronel, sirvió como teniente coronel en diversos puestos, si bien desde el 24 de enero de 1906 por Real Orden se le declaró apto para el ascenso cuando por antigüedad le correspondiera. Sus destinos fueron varios, en principio fue ayudante de órdenes de los generales de división Felipe Martínez Gutiérrez (1898), Ricardo Balboa (1899-1901) y Valeriano Weyler y Nicolau (1906), después estuvo destinado en la Comisión Liquidadora de las Capitanías Generales y Subinspecciones de Ultramar (1901-1908), y además tuvo destinos breves en Burgos y Pamplona, y algo más largo en Sevilla (1909-1910). Por aquellos servicios recibió varias distinciones: la primera, en 1899, como fue el uso de la medalla de la campaña de Cuba con pasador; la segunda, la cruz de la Real y Militar Orden de San Hermenegildo, luego a partir de 1903 pudo usar la medalla conmemorativa de la jura de Alfonso XIII, después en 1905 se le dieron las gracias en nombre del Rey por el buen cumplimiento de sus servicios en la Comisión Liquidadora y por último en 1909 recibió la placa de la Real y Militar Orden de San Hermenegildo. En aquel mismo año estuvo enfermo desde finales de junio hasta primeros de septiembre, y consta que en parte de aquel tiempo estuvo en balnearios²⁵.

En aquella etapa de su vida fue en la que además se dedicó a escribir la mayor parte de sus obras, unas de carácter militar y otras de tema cinegético, por las que obtuvo un indudable éxito. Destaca por su contenido relativo a

²³ En el mismo, f. 9.

²⁴ En el mismo.

²⁵ En el mismo, ff. 10 y 11.

la campaña de Cuba, y a la situación del Ejército tras la misma, la obra que publicó bajo el pseudónimo de A+B, titulada *Apuntes en defensa del honor del Ejército por A+B*. Dedicado al Capitán General Weyler²⁶, en la que tras hacer una valoración personal de las distintas etapas del mando durante la guerra en Cuba, argumentaba que las causas del desastre no eran achacables al Ejército, si bien se había notado que a las clases populares se les había transmitido el mensaje contrario: a saber que era dicho Ejército el único responsable de la desmembración del territorio y demás pérdidas sufridas en la contienda hispano-americana. Con aquella tendencia, argumentaba, se encubrían las ineptitudes, errores y arbitrariedades de muchos personajes políticos, que seguían en sus puestos disfrutando de sueldos, honores, cargos y desempeño de los primeros puestos políticos y administrativos, mas si se supiera la verdad muchos de aquellos puestos deberían ser cubiertos por altos mandos militares, ya que formaban parte del único organismo sano de nuestra sociedad²⁷.

Tras recordar que el sacrificio y la sangre derramada durante tres años la habían puesto el Ejército, sin que nadie se lo tuviera en cuenta, arremetía contra los llamados “regeneradores” que defendían la idea de reducir el presupuesto del Ejército, para trasformarlo disminuyendo personal, hasta convertirlo en un Ejército modelo, recordándoles que habían sido ellos los que no habían sabido sacar partido a una guerra que podía haber sido internacional, y por lo tanto con otro resultado, de paso que les acusaba de antipatriotas, cuya intención real no era otra que la de acabar con el Ejército. Les argumentaba que este Ejército era la base principal de la tranquilidad interior de todo el país, pues cooperaba en el restablecimiento del orden y del exacto cumplimiento de las leyes, que era clave para la cultura y la subsistencia organizada de la nación, y que a nivel internacional, dado lo que acontecía en Europa, no se podía prescindir de un ejército numeroso y dotado de abundantes medios defensivos si se quería tener voz y ser respetados. Así que lejos de prescindir del Ejército, era en su seno donde debían buscarse los hombres que pusieran en marcha la regeneración del país, desprendiéndose de los políticos que habían precipitado a España al desastre, y que debía basarse en el restablecimiento del sentimiento de patria que sólo ellos los militares conservaban. Era preciso reformar y regenerar el deplorable sistema administrativo y social de todos los organismos oficiales, acabar con el caciquismo generador de no pocos de aquellos organismos innecesarios, y terminaba por sentenciar que donde primaba el egoísmo

²⁶ Madrid, Est. Topográfico de Ricardo Fe, 1898. La obra fue traducida al francés en 1910 por Charles Carrie.

²⁷ *Apuntes...*, ob. cit., pp. 200-201.

y la vida fácil y regalada, nada bueno podía acontecer, pues estaríamos ante un pueblo muerto²⁸. Como puede apreciarse a M. Moriano lo podemos encuadrar en la línea de los militares españoles que tras el desastre del 98 reclamaban mayor protagonismo del Ejército en la vida pública del país, y el máximo respeto hacia el mismo por haber protagonizado la parte más sacrificada de la contienda.

En 1902 volvemos a encontrar una publicación de M. Moriano, esta vez alejada de los arrebatos posteriores a la guerra, pues se trataba de una obra cinegética, dada la gran afición que tenía desde que era joven. Se trata del libro titulado *La caza de la perdiz con reclamo por A+B*. Obra ilustrada con fotografías²⁹, que reeditó corregida y aumentada en 1923³⁰ y que en los círculos de cazadores se consideraba la mejor obra escrita sobre la materia. Casi a continuación de la primera edición de aquella obra publicó en 1903 otra extensa monografía titulada *Prácticas de caza menor*³¹, en la que tras hacer una distinción entre tiradores y cazadores, hacía una pormenorizada narración de donde y como cazar animales menores de pelo y pluma, advirtiendo sobre la marrullería e incompetencia de algunos de los guardas de los cotos de caza. Completó sus incursiones seguidas en el campo de la caza en 1904, al publicar el libro titulado *Enseñanza de los perros para cazar a mano por A+B* con un prólogo de Alejandro Saint Aubin³², en cuyo prólogo se ensalzaba a M. Moriano por su maestría en enseñar y adiestrar perros de caza, gracias al conocimiento de su psicología. En la obra el autor reconocía que había estado en Francia en 1878 cazando con Mr. Bru de Cuissart, oficial de infantería del Ejército francés, que llevaba con él un perro inglés de caza, y que su destreza le maravilló, en vista de lo cual y desde entonces no había parado de aprender sobre los perros, sus razas, cruzamientos, etc. advirtiendo que al principio había dado palos de ciego, pero que con la práctica y el estudio de tratadistas franceses e ingleses había obtenido al final unos resultados tan efectivos, que le impulsaban a ponerlos al alcance de los interesados en la materia. De hecho en sus obras en un par de ocasiones hizo alusión a dos de sus mejores perros cazadores, una perrita llamada Sola y un perro llamado Cok.

Tras ejercer 13 años, 10 meses y 12 días como teniente coronel, y estando destinado en Sevilla, ascendió a coronel por Real Orden de 11 de enero de 1911, con efectividad desde el día 1º del mes, cargo en el que se mantuvo

²⁸ En el mismo, pp. 202 a 215.

²⁹ Madrid, Travesía de San Mateo, I, Imprenta, 1902.

³⁰ Madrid, Editorial Renacimiento, 1923.

³¹ Madrid, Imprenta Española, 1903.

³² Madrid, M. Velasco Imp., 1904.

hasta el 7 de septiembre de 1915, pues tras haber sido declarado apto para el ascenso a general de brigada, situación recogida por Real Orden de 7 de marzo de aquel año, se retiró a voluntad propia del Ejército, donde le reconocieron 41 años, 6 meses y 1 día de servicios, incluidos los abonos que le correspondieron. Los 4 años y 9 meses que ejerció de coronel los pasó casi en su totalidad en la Capitanía General de Sevilla como 2º jefe de Estado Mayor, ejerciendo accidentalmente la jefatura cuando se ausentaba o no estaba nombrado el general de brigada titular. Durante aquel periodo obtuvo 3 bajas por enfermedad de 2 meses cada una, empleadas básicamente en visitar diversos balnearios, lo que nos hace suponer que sus males eran de carácter reumático y que los venía arrastrando desde hacía años, pues en 1909 ya visitaba aquellos establecimientos³³.

A los 55 años cumplidos, residiendo en Madrid, y una vez jubilado del Ejército con el 90% de su sueldo, por llevar más de 35 años en el servicio, y al menos 2 como coronel, empezó a percibir una pensión de 600 pesetas al mes, y acto seguido solicitó ser jubilado también como funcionario de Ultramar por su permanencia de 2 años en la provincia filipina de Batangas, alegando imposibilidad física, lo que encaja con el posible perfil reumático citado, petición que concedida, entró en vigor a partir del 23 de noviembre de ese mismo año de 1915³⁴. A partir de entonces se le pierde un poco la pista y no sabemos hasta qué punto su imposibilidad física le impidió el seguir cazando, pero en 1925, tras la reedición aumentada y corregida 2 años antes de su libro sobre la caza de la perdiz con reclamo, volvió a publicar una nueva obra sobre temas cinegéticos titulada *Para los que cazan o rustican por A+B*. Obra ilustrada con fotografías³⁵, en la que volvía a mostrar sus capacidades de cazador, buen conocedor del campo, y gran observador. Su último trabajo del que tenemos noticia fue una novela publicada en 1926 titulada *Rincones del alma*. Novela por Manuel Moriano y Vivó (A+B) Coronel retirado del Cuerpo de Estado Mayor. Con prólogo del Excmo. Sr. Emilio Gutiérrez Gamero de la Real Academia Española³⁶. En ésta mezcla recuerdos con asuntos fabulados, lo que al prologuista le pareció de principiante, por cuanto mostraba cierto candor y falta de malicia. Contaba por entonces M. Moriano con 66 años de edad y nada hemos hallado de momento sobre su vida posterior y su fallecimiento.

³³ AGMS, doc. cit., ff. 3, 11 y 12.

³⁴ AGA, (2) 78.1 61/19911, Consejo Superior de Guerra y Marina, expte. de jubilación, y (9) 2.3 51/3067, expte. de jubilación de Ultramar.

³⁵ Madrid, Renacimiento, 1925.

³⁶ Madrid, Imprenta Artística Sáez Hermanos, 1926.

3. *El Reconocimiento político militar de las Carolinas.*

Como apuntábamos anteriormente M. Moriano debió de permanecer 12 días en cada una de las islas Carolinas de Yap y Ponape, y no deja de sorprender la cantidad de datos que acumuló y las observaciones que hizo sobre temas que no se referían exclusivamente a la presencia militar, que era el objetivo principal del reconocimiento. De entrada las situaba con precisión en el mapamundi, hacía una somera e incompleta descripción del proceso histórico de su descubrimiento, resaltando que el interés de los gobiernos españoles por las mismas hasta 1885 había sido nulo, pues su producción se les antojaba irrelevante, eran muy pequeñas, tenían excesiva población y sus costas eran peligrosas para la navegación. Así llegado el año de 1885 dada la actitud alemana hacia las Carolinas, la excesiva población en las islas Masrhall y Gilbert, y para cerciorarse de la utilidad de las islas, y también con intención de esparcir las luces civilizadoras sobre sus habitantes, u otras razones difíciles de averiguar, se pensó en ocuparlas. A continuación narra de forma sencilla lo ocurrido en el viaje de inspección enviado desde Manila, el nombramiento como gobernador de Enrique Capriles, su encuentro con los alemanes de la goleta Iltis, la mediación pontificia en el asunto, y las fechas de 1886 en que se fue tomando posesión de las islas Cleay, Ifalik, Truck, Mongolo, Ponape, Pinguelap, Kursa o Valán, declarando que prácticamente en todas, los nativos se mostraron proclives a aceptar al gobernador que se designara, pero que todos pedían que no les enviasen ni soldados ni religiosos. La decisión de dividir en dos gobiernos las Carolinas decretada el 19 de febrero de 1886, uno en las islas occidentales con base en la isla de Yap y otro en las orientales con base en la isla de Ponape, según su información, se tomó por la extensión del archipiélago y por las características de los nativos, unos más primitivos, y otros más evolucionados. Comentaba que la ausencia de representación en el resto de las islas supondría la nula influencia de nuestra nación sobre las mismas³⁷.

3.1.1. *La isla de Yap.*

Era definida por M. Moriano, como una isla alargada de 30 kilómetros de largo por 9 en su zona más ancha, rodeada de un arrecife madreporico de 260 metros, que hacía muy peligrosa la navegación para barcos de cierto calado, con un solo puerto abordable en su costa este, el de Tomil, al que se

³⁷ *Reconocimiento...*, doc. cit., pp. 3, 5, 8, 9, 11, 12 y 210.

accedía por un canal bien balizado de 100 metros que daba paso a una bahía donde había algunas isletas. Una cadena de montes la recorría de noroeste a sureste, con alturas superiores a 150 metros, donde destacaban algunos contrafuertes por cuyos barrancos discurría el agua cuando llovía persistentemente. De naturaleza volcánica, su suelo tenía una capa arcillosa de 1 a 1,5 metros, lechos de pizarra consistente, con árboles similares a los de Filipinas, abundantes cocoteros, una flora y una fauna escasas, y en general un paisaje bastante monótono, donde las temperaturas variaban a lo largo del año entre los 24 y los 32 grados. Como rasgo distintivo en el paisaje entre algunos pueblos había unas calzadas hechas con grandes piedras, bien conservadas, muestra de la ocupación de la isla en épocas anteriores por una civilización superior, al considerar al nativo incapaz de hacerlas, y a las que habían dotado de unos asientos colocados a distancias próximas a los 2 kilómetros, destacando también unas magníficas murallas de piedra en las localidades de Tomil y Goror, bien aspilleras, construidas con arte, también achacables a los supuestos miembros de la otra civilización³⁸.

Los nativos de la isla atrajeron la atención de M. Moriano, a quien si bien le parecían en muchos aspectos dignos de ser civilizados, no dejaban de causarle una cierta impresión su modo de vida, que llega a calificar de casi feliz. Como raza se le antojaban una mezcla de orientales tipo japonés con papuas o negritos antiguos, en conjunto unos 9.000, repartidos en 107 pequeños poblados costeros, regentados por un cacique o pilun al que acababan y respetaban extraordinariamente. Aparentemente fuertes, en realidad eran débiles por su alimentación y costumbres. Comían gave, ube, camote y coco parte de los cuales sembraban las mujeres en los terrenos desarbolados, echando a granel la simiente, todo en cantidades justas para ir tirando, y únicamente los más acomodados criaban algún animal doméstico como gallinas o cerdos, en estado semisalvaje. En cuanto a bebidas, sólo ingerían agua de coco. Los hombres se pasaban el día mascando buyo, no el filipino, sino un verdadero cáustico por la gran cantidad de cal que empleaban. Fumaban cuanto tabaco podían, encendiéndolo y apagándolo constantemente, y se desvivían por conseguir ron que no hacían ellos, sino que les traían los comerciantes de fuera, siendo capaces de entregar a mujeres de su familia para conseguirlo³⁹.

En general sus opiniones sobre los nativos no eran muy positivas, pues mientras como navegantes los consideraba muy hábiles en el manejo de sus vintas de una sola batanga y vela única, con las que se movían de unos

³⁸ En el mismo, pp. 14 a 19 y 28 a 30.

³⁹ En el mismo, pp. 20 a 23 y 32.

pueblos a otros de la costa, los restantes calificativos eran de otra índole. Los tachaba de supersticiosos en extremo, espiritistas a su manera, sin apenas civilización, aunque tuvieran una lengua rica en palabras, ociosos en sumo grado, solo se empleaban con asiduidad a la lujuria y a la embriaguez. Tenían por lema proporcionar a su cuerpo la menor molestia posible, vegetando en un estado que podía considerarse letárgico, de manera que por su apática imaginación, si mostraban interés momentáneo por los mecanismos de los instrumentos que llegaban a sus manos, al poco rato se les pasaba. Embusteros hasta la saciedad, y falsos en sus promesas y compromisos, tenían la cualidad de respetar la propiedad privada cuando estaban en paz, de forma que entre ellos no existía el robo, y eran confiados, mostrando extrañeza si les faltaba algo en sus casas o campos⁴⁰.

Aquellos nativos se mostraban pacíficos si no se les hacía trabajar, pero los extranjeros no se fiaban de ellos, pues en épocas pasadas se sabía que habían matado a tripulaciones enteras de barcos perdidos en la isla, y para estar prevenidos, varios de los extranjeros se habían instalado en las isletas de la bahía. De hecho se sabía que tenían fusiles escondidos que habían adquirido cambiándolos por cantidades variables de coco, y que los manejaban correctamente, pues entendieron pronto la importancia de aquellas armas. Por otra parte, se sabía también que eran propensos al contagio de las enfermedades epidémicas como el sarampión o la sífilis, pues era reciente el fallecimiento de unos 500, tras contagiarse de sarampión transmitido por un marinero del transporte de guerra San Quintín, que estando enfermo había lavado sus ropas en una charca de la isla⁴¹.

Su indumentaria consistía en cortos taparrabos o enaguillas hechas de coco, y sus cuerpos estaban pintarrajeados o tatuados, adornándose con trozos de madera, piedras y hojas que introducían en sus desgarradas orejas. Sus casas tenían una base de piedra, y el resto lo formaban de ramas de bonga y coco, parecidos a los bahais filipinos, y en general poco cuidadas. En todos los poblados había una casa grande, bien construida con piedra, bonga y coco, adornada en su fachada principal por toscas esculturas de madera, donde guardaban sus objetos de valor y a un grupo de mujeres, al parecer robadas de otros pueblos, a las que cuidaban como algo especial, con las que mantenían relaciones sexuales fuera del matrimonio, y por las que hacían cosas que no hacían por sus familias, como proporcionarles pescado y frutas. En aquellos recintos pasaban los días fumando, conversando, mascando el citado buyo y todo aquello en compañía de sus favoritas, disfrutando de

⁴⁰ En el mismo, pp. 19, 22 y 35.

⁴¹ En el mismo, pp. 37, 38, 39 y 95.

la vida en un estado que parecía letárgico, alterado de vez en cuando por su afición al baile con danzas que rayaban en el delirio⁴².

Las danzas eran muy movidas, con saltos, brincos, y piruetas, todo violento pero acompasado, completado de movimientos bruscos, lúbricos, y todos al unísono de gritos agudísimos y chillidos, actitud que mantenían hasta caer extenuados, para continuar cuando se recuperaban. Así permanecían largas horas de la noche a la luz de la luna y entre individuos del mismo sexo, y en aquella actitud pasaban de unos poblados a otros rompiendo el silencio de la noche con sus cánticos y bailando unos con otros al trasladarse. Para llevar aquella uniformidad en la ejecución ensayaban en sus casas, aunque luego ejecutaban los bailes en dos filas. El baile era sumamente importante para ellos, de manera que obsequiaban al *matse-mats*, especie de sacerdote del poblado, con espinas, piedras y otros objetos, para que desde el bosque, y durante horas, invocase a los espíritus para que acudieran al baile el mayor número posible de participantes. Suponía M. Moriano que eran danzas guerreras pues los danzantes llevaban unos palos a modo de lanzas, que sustituían a las verdaderas que lanzaban con gran maestría, en posturas que se asemejaban a los saltos que daban en el baile, concluyendo que tal vez aquellos bailes no fueran sino ensayos para acciones de combate. Intuía acerca del tema que en tiempos pasados o en momentos determinados los nativos tenían guerras entre ellos para saquear, y traerse mujeres y esclavos, y aunque en aquel momento parecía que estaban apaciguados y la esclavitud abolida, las casas grandes estaban activas, y allí había mujeres traídas posiblemente de fuera por aquellos métodos⁴³.

Los hábitos familiares de aquella gente también llamaron la atención de M. Moriano, al constatar que los hombres no parecían muy apegados a sus mujeres e hijos. Sus casamientos eran convenidos en la minoría de edad, y tras los mismos, más bien parecía que despreciaban a sus mujeres y que no se ocupaban de sus hijos. Le extrañaba sobremanera las desigualdades entre hombre y mujeres, hasta el punto de suponer que ellas eran seres desgraciados. De hecho las niñas se criaban sobre un lecho de hojas, y se alimentaban de leche de coco, recibiendo muy pocas atenciones de sus padres, parecía que era la sabia madre naturaleza la que se ocupaba de ellas, con buen clima y nulas enfermedades aunque algunas tuvieran en la piel. Las niñas y los niños eran llevados desde los 5 años a las casas grandes, donde pasaban largos ratos y aprendían lo que allí ocurría como elemento permanente y único de su educación social. Para M. Moriano era una forma de degenerar

⁴² En el mismo, pp. 20, 21 y 23.

⁴³ En el mismo, pp. 24 a 27.

la raza a la edad temprana en que luego se reproducían, a veces con personas de parentesco en primer grado. Hasta casarse las mujeres hacían su vida, ayudaban a sus madres en las tareas domésticas y paseaban libremente, pero una vez casadas su vida se reducía a encerrarse en sus pequeñas casas sin más salidas que las dedicadas a sembrar y cuidar los animales domésticos. Hacían la comida para ellas, sus hijos, sus maridos y las mujeres de las casas grandes, y la llevaban personalmente o mandando a sus hijos, de manera que los maridos pisaban poco su hogar⁴⁴.

Se extrañaba M. Moriano de que la fidelidad matrimonial no tuviese consideración social y sí el ejercicio de las mujeres de las casas grandes, donde se practicaba la promiscuidad sexual con todos los hombres de los poblados. Más extrañeza aún le causaba el comportamiento de los maridos cuando sus mujeres tenían el período, ya que en aquellos días éstas se retiraban a una casa de las afueras de los poblados donde permanecían hasta que se les terminaba, recibiendo diariamente la comida guisada por los mismos, que la depositaban junto a un palo cruzado colocado cerca de la casa y que actuaba de muro virtual. En fin, concluía por admitir la paradoja de que si bien las mujeres tenían sobrados motivos para sentirse infelices, resultaba todo lo contrario, parecían extraordinariamente felices, mascaban buyo y fumaban como los hombres. Igualmente al hacer el computo general del comportamiento de los hombres, si bien le parecían poco o nada civilizados, no dejó de reconocer que podían casi denominarse seres felices, por el mero hecho de tener cubiertas las principales atenciones de la vida⁴⁵.

La presencia de comerciantes en la isla también fue objeto de los comentarios de M. Moriano, que aseguraba que en 1886 cuando se tomó posesión de la misma estaban establecidas tres casas comerciales extranjeras y una española dedicadas las extranjeras al comercio del coco, y que llevaban allí algo así como 20 años, cuando los precios estaban muy altos. Su ubicación estaba en los islotes de la bahía de Tomil para poderse defender en caso de cualquier agresión de los nativos, o por lo menos evitar sorpresas, y que se centraban en cambiar determinadas cantidades de coco por baratijas de cristal o piedra, telas de mala calidad de colorines, piezas de metal, bebidas alcohólicas y tabaco, y se sabía que tiempo atrás en aquel comercio habían entrado armas como algún pequeño cañón, alguna ametralladora y los fusiles europeos, cuyo precio en origen era de 8 pesos por unidad, y cambiados por cantidades que oscilaban entre las 2 y las 5 toneladas de coco, cuando por cada una se pagaba 100 pesos, habían reportado un enor-

⁴⁴ En el mismo, pp. 23, 29 a 31.

⁴⁵ En el mismo, pp. 22 y 32 a 35.

me beneficio para los comerciantes. Pero en 1888 el precio del coco había bajado a la mitad, y las cantidades extraídas de la isla oscilaban entre las 500 y las 600 toneladas anuales, que comercializaban las tres casas extranjeras mencionadas, enviando la copra a las islas de Marshall y Gilbert en los 4 o 5 barcos de vela que tocaban la isla anualmente. Los comerciantes aprovechando la presencia de la colonia española y de los barcos a vapor que llegaban a ésta, almacenaban y les vendían latas, harinas, carne salada, galleta, arroz y carbón de piedra, este último almacenado principalmente por el alemán Mr. Freidlander, comprometido a mantener 500 toneladas a disposición de los barcos de guerra españoles a un precio moderado. Aquellas existencias de alimentos y combustible consideraba M. Moriano, que en caso de necesidad podrían abastecer a la citada colonia durante un mes, de paso que le hacían comentar que la isla realmente era pobre, ya que no poseía ningún otro producto natural susceptible de ser comercializado que no fuese el coco⁴⁶.

3.1.2. *El gobierno de Yap.*

El gobernador político militar también fue objeto de la atención de M. Moriano y de su crítica, aunque jerárquicamente fuese un superior. Tras el fallido intento de Enrique Capriles en 1885 de establecer su gobierno, en los primeros días de mayo de 1886 se tomó posesión de Yap en el puerto citado de Tomil, y quedó establecido como gobernador provisional el teniente de navío Luis Suances, hasta finales de mes en que llegó el titular nombrado, capitán de fragata Manuel Eliza y Vergara⁴⁷, que apenas pisó la isla por encontrarse enfermo y falta de recursos, de forma que la colonia con él apenas avanzó, pero el 18 de febrero de 1887 tomó posesión del cargo otro capitán de fragata, Mariano Torres, que sí hizo avanzar la colonia hasta ponerla en el estado en que M. Moriano la vio. El enclave se hallaba en la isleta de Tapalao siguiendo la norma de poner agua de por medio con respecto a los nativos, como habían hecho los comerciantes, no obstante el juicio que mereció a M. Moriano el enclave, llamado Campamento de la Reina Regente, de cara a un posible ataque fue negativo, pues la idea del gobernador de que llegado el caso se podía levantar una defensa con barricas y toneles rellenos de arena a modo de parapeto, era misión harto difícil, pues la citada arena

⁴⁶ En el mismo, pp. 36, 37, 40, 41, 71, 72, 93, 94 y 109.

⁴⁷ En su hoja de servicios no figura el cargo de gobernador y sí que estuvo destinado y navegando por las islas Filipinas y otras de la zona, y que estuvo enfermo en aquellos años. AGA sol 83887 (2) 78.1 ca 1170 top.

sólo la había en el pantalán, que si estaba próximo, no debía de contar con cantidad suficiente para tal relleno⁴⁸.

La segunda crítica al gobernador fue que estaba muy lejos de poder asegurar su dominio sobre la colonia en cuanto a los nativos se refería. De entrada tras su llegada envió un bando a los pilun de los poblados para que se presentasen a prestar el acatamiento debido, y que aquello no se consiguió, e incluso alguno de la parte este de la isla, contestó que fuera el gobernador a verle a él, y que estaba preparando un ataque a Tomil, hecho que se atribuyó a que aquel pilun era mestizo. La realidad para M. Moriano era que nada había hecho el gobernador para asentar su autoridad, tal vez por recibir instrucciones al respecto, y que aunque se podía recorrer la isla con facilidad, poblado por poblado, en zonas de la contracosta al este, precisamente en Gatsapar, donde el pilun mestizo tenía su dominio, en una visita del secretario de gobierno no le recibieron bien, aunque matizó que en la visita que el propio M. Moriano hizo en persona a los poblados cercanos le recibieron con indiferencia, a causa del carácter apático de sus nativos⁴⁹.

Las relaciones que mantenía el gobernador con los nativos eran pocas, y en cuestiones puntuales había intentado ejercer su autoridad también con poco éxito. Por motivos de seguridad había intentado retirarles las armas de fuego que poseían, logrando que le entregasen algún cañón pequeño y alguna ametralladora, si bien no se tenía la seguridad de que la entrega fuera del total de las que tenían, y que en el caso de los fusiles, la retirada había fracasado y se sabía que los tenían escondidos, aunque estuviese decretado que su posesión se consideraba contrabando. Los nativos, en número de unos 50 por semana, al principio se acercaban a la colonia para llevar alguna gallina o algún cerdo para cambiarlo por tabaco o bebidas espirituosas, pero el gobernador o por órdenes recibidas o por evitar enfrentamientos y agresiones debidas a la bebida, había prohibido totalmente su venta a los nativos, y su consumo, lo que disminuyó la afluencia de los mismos a la colonia. No obstante éstos seguían intentando hacerse son aquellas bebidas, y el propio M. Moriano había constatado cómo al llegar a Tomil en el barco de guerra que lo traía de Manila, lo primero que hicieron los nativos que se acercaron al mismo fue solicitar botellas de ginebra. Y en cuanto al trabajo de los nativos ni uno solo pisaba la colonia con aquel propósito, pues ni ofreciéndoles dinero les interesaba. Un nativo que iba con frecuencia a la colonia, se le ofreció trabajo y no volvió más, así que era impensable ordenarles cualquier tipo de trabajo, so pena de aumentar el desprestigio del gobernador⁵⁰.

⁴⁸ *Reconocimiento...*, doc. cit., pp. 8, 10, 16, 17 y 27.

⁴⁹ En el mismo, pp. 101 a 103.

⁵⁰ En el mismo, pp. 39, 61, 104 y 105.

Las instalaciones del puerto de Tomil y de la colonia en Tapalao fueron objeto de observación y crítica por parte de M. Moriano, de manera bastante objetiva. En principio consideraba que las obras del puerto de Tomil estaban hechas a conciencia y por persona perita en el asunto. Estaba bien balizado, y los barcos podían entrar, cargar y descargar, desembarcar gente, hacer aguadas y carboneo con gran comodidad. Contaba con un pozo dotado de bomba y unas canalizaciones que iban a parar a un depósito de 40 toneladas, que también recibía aguas de un barranco próximo. En Tapalao tenían un pantalán de 5 metros de ancho por 75 de largo, terraplenado con arena, de piedra madreporica y cal de eden. En su costado este, punta sur, había un camarín de madera y techo de coco, donde se custodiaban 3 botes y una lancha de vapor. Al otro extremo estaba la casa del gobernador de 14 por 10 metros con paredes de tabla y suelos de zinc, de 2 plantas, la segunda con una bonita galería alrededor. En la planta baja estaban las oficinas de gobierno, dependencias de los criados del gobernador y secretario, un almacén de víveres, y una habitación para 8 marineros sin armas, que servían el manejo de los botes y la lancha de vapor citadas. En la planta alta las habitaciones del gobernador y el secretario, con paredes y techos pintados, así como una pequeña estación meteorológica con anemómetro, barómetro, psicómetro y rosa de los vientos, todo bien ventilado con numerosas ventanas y gran altura de techos. Como piezas complementarias próximas a la casa se hallaban un cobertizo de madera y techo de zinc de 4 por 2 metros, con baño de ducha y letrina moderna, una cocina de bonga y techo de coco de 5 por 4 metros, y un aljibe de cal hidráulica de 42 toneladas de agua⁵¹.

Contaba la colonia con una iglesia de la misión católica de 17 por 9 metros, de paredes de bonga, suelo de madera y techo de zinc, muy cuidada, y en los aledaños una casa bastante ruinosa donde residían los religiosos, a los que se les estaba construyendo una nueva con aljibe para 40 toneladas de agua, conjunto que se completaba con una escuela de 26 por 5 metros. Atendían la iglesia 2 sacerdotes misioneros y 2 hermanos que habían intentado instalarse en Tomil, pero los nativos los rechazaron yendo en manifestación ante el gobernador, de manera que permanecían en la colonia, en tanto que un tercer sacerdote acompañado de un hermano se había instalado en el pueblo de San Francisco de Goror, ya que su pilun se había convertido al catolicismo, lo que había propiciado que se produjeran 61 bautizos, los únicos en la isla, si bien reconocía M. Moriano que las creencias abrazadas eran poco profundas. En realidad aquel pilun era el único que había demostrado afecto a los españoles, y la mayor dificultad que tenían los religiosos era la lengua,

⁵¹ En el mismo, pp. 45 a 49, 69, 79 y 80.

pues aún contando con una pequeña gramática escrita por uno de ellos, la realidad era que tratar de cambiar los hábitos y costumbres de los nativos era complicadísimo y requería de mucho tiempo, mucho tacto y prudencia por las complicaciones que surgían constantemente. La suposición de M. Moriano de que los religiosos tratarían de cerrar las casas grandes, estaba presente entre los nativos, a lo que estos no estaban dispuestos. En cuanto a la escuela de la colonia, a pesar del buen trato ofrecido por los misioneros, sólo acudían 3 niños hijos de comerciantes extranjeros, mientras que en San Francisco de Goror el resultado más aparente de la actividad docente era que el pilun había aprendido a escribir en castellano⁵².

3.1.3. *El Ejército en Yap.*

Las instalaciones militares, la defensa del enclave y la situación de las fuerzas de la colonia fueron objeto también de la descripción y la crítica por parte de M. Moriano. En concreto la colonia contaba con un cuartel de infantería y un pabellón para el capitán de dicha arma, sin terminar. El cuartel tenía 40 por 10 metros y estaba elevado del suelo un metro, soportado por fuertes pilotes. Sus paredes eran de tabla, el suelo de bonga y el techo de de coco. Estaba dotado de cuerpo de guardia y calabozo con ventana enrejada, en tanto que el dormitorio general tenía 20 por 9 metros, una galería de 1 m. y estaba bien ventilado. En el cuarto para oficiales residían un alférez y el maquinista de la lancha de vapor. Componían el destacamento 1 capitán, 1 teniente, 1 alférez, 3 sargentos segundos, 2 cabos primeros, 4 cabos segundos, 80 soldados y 3 cornetas, todos del Regimiento de Infantería Magallanes n° 3, tercera compañía. Próximo a este recinto había otro cuartel para las fuerzas del batallón disciplinario, construido con los mismos materiales sobre pilotes, de 18 por 9 metros con galería, a cuyo frente estaba un teniente, comandante de aquellas tropas compuestas por 2 cabos primeros, 19 disciplinarios y 2 deportados llegados recientemente de Manila. Aquellas construcciones se completaban con un fuerte que se estaba edificando en el cerro más alto de la isleta, denominado Cabal, recinto de forma cuadrada de 11 por 11 metros, abierto en roca viva, con un foso de 3 metros de anchura por 2 de profundidad, donde se había puesto una farola roja de babor de un barco, atendida por 2 soldados de segunda y 1 de primera que vivían en dos pequeñas casas del recinto⁵³.

⁵² En el mismo, pp. 70, 71, 106 a 108.

⁵³ En el mismo, pp. 50, 51, 55 y 58.

A 8 metros del cuartel de infantería estaba la factoría, edificio de 10 por 8 m., atendida por un factor, sargento de infantería del Magallanes, retirado del servicio, que tenía allí oficina y dormitorio, construido con los mismos materiales que el cuartel, sobre pilotes y con goteras en el techo, lo que producía constantes problemas, ya que se almacenaba galleta, tocino, garbanzos, azúcar, café molido, arroz blanco, arroz corriente, mongos, vino tinto para europeos, vino tinto para indígenas, vinagre del país anisado de mazorca, y anisado del país. Contenía también utensilios como muebles, menaje casero, petates, sábanas, cabezales, mantas etc. enumerados con exactitud por M. Moriano, según el inventario que realizó el día 14 de diciembre, en el que se hacía constar el estado de uso que presentaban aquellos materiales. Su juicio sobre el edificio fue que era muy deficiente para el destino que se le daba⁵⁴.

El armamento y efectos de guerra, como pólvora, munición, granadas, espoletas y una ametralladora Galtturg se guardaban en un polvorín de 4 por 4 metros de paredes de mampostería y techo de zinc. Contaban además con una enfermería compuesta por 5 casas colocadas en cruz en terreno de 27 por 27 metros con 16 camas, salas de medicina y de cirugía, botiquín y almacén de efectos de enfermería, y cuartos para sanitarios y enfermeros, situándose el despacho del médico en la casa central. La construcción era de tablas ligeras en paredes y suelo, techos de coco, comunicados unos edificios con otros por galerías de bonga, echándose en falta las letrinas y la cocina que estaban por construir. Atendía la consulta un médico primero de la Armada auxiliado por 2 sanitarios y 2 enfermeros soldados, y los enfermos, en número de 6 tenían enfermedades de la piel y venéreas, y otro más en cirugía, chino criado de un establecimiento extranjero, con sífilis propia de su raza. Los medicamentos procedían de la división naval y la sanidad militar, y a juicio del médico se le iban reponiendo con regularidad aunque algunos se estropeaban por el clima y las malas condiciones del almacén. Observó M. Moriano que el clima era bueno para los europeos y si la alimentación y el trabajo eran moderados, no tenía porque haber problemas sanitarios serios, aunque se observaba que las úlceras en la piel eran lo más frecuente. Aquel servicio médico atendía tanto a la colonia como a los componentes de las casas extranjeras de la isla que lo requerían⁵⁵.

Otros servicios a disposición de las fuerzas armadas eran la cocina y las letrinas que estaban en cobertizos separados de los cuarteles, a nivel del mar, que corría por debajo con marea alta, y tenían un aljibe de hierro

⁵⁴ En el mismo, pp. 52 a 54 y 74.

⁵⁵ En el mismo, pp. 58, 59, 64 a 67, 94 y 95.

elevado sobre pilotes en forma de cubo de 1 m. de lado; un horno que cocía cincuenta raciones al día; una fragua de mano; una huerta de una hectárea donde se cultivaban legumbres y hortalizas utilizadas en mejorar el rancho de la infantería y los disciplinados, regada mediante un tanque de agua y trabajada por 6 soldados y 2 disciplinados, y una cantina propiedad de Mr. Freidlander donde la tropa y los disciplinados podían tomar alguna copa, pero no comprar botellas si no contaban con la autorización expresa del gobernador, capitán de la compañía o jefe de los disciplinados, debiendo observar la norma de no vender bebidas espirituosas a los nativos⁵⁶.

Sobre aquel conjunto de instalaciones M. Moriano opinaba que había ciertas cosas un tanto incongruentes como era el caso de los cuartos para oficiales y sargentos, que dadas sus escasas dimensiones, les habían llevado a vivir fuera de los mismos en recintos cuyas condiciones eran en general deplorables, y que otro tanto ocurría con el médico que vivía en una casa alquilada por la pequeñez de la que tenía en la enfermería. Pero iba más lejos en sus críticas cuando argumentaba que el hecho de haber elegido el islote de Tapalao para colocar lo principal de la colonia era un error únicamente explicable por lo acontecido en épocas anteriores con los extranjeros, presumiéndose que era más defendible. Y aún aceptando aquello, los desmontes y terraplenes hechos y la dispersión de toda la colonia eran un despropósito. Hubiera sido mejor ir creando las dependencias alrededor del terreno ocupado por la iglesia, para irse extendiendo conforme a las necesidades que fuesen surgiendo, y no haber diseminado los edificios por motivos de facilidad coyuntural, incluidas las instalaciones militares del destacamento. Era incomprensible el emplazamiento del polvorín cercano al horno y a la fragua, y en lugar fácilmente atacable desde tierra⁵⁷.

Según su criterio, no existían medios defensivos de ninguna clase para contrarrestar un golpe de mano de los nativos, pues la enfermería, las casas de los misioneros, y las residencias del capitán y del teniente caerían irremisiblemente en manos de los atacantes, quedando el destacamento en manos del gobernador, el teniente de la disciplinaria y un alférez, y la supuesta facilidad de defensa de la meseta, era inviable, si no se construía una defensa permanente donde se incluyeran los alojamientos del capitán y del teniente para poder dirigir las operaciones. A su vez el fuerte en sitio tan alejado no daría protección salvo que contase con artillería de grueso calibre, de momento sólo servía para avisar con la farola roja de un posible ataque por mar, y no por tierra por lo ondulado del terreno. Así pues los recursos militares

⁵⁶ En el mismo, pp. 57, 59, 61 y 62.

⁵⁷ En el mismo, pp. 73 y 75.

no estaban bien dispuestos, había ideas generales, pero mal aplicadas, por falta de pericia de quienes las habían dispuesto. Era preciso que aquel tipo de establecimientos coloniales fueran hechos de forma estudiada, mediante instrucciones dadas a los gobernadores, para que la disposición de lo instalado pudiera ser utilizada conveniente y eficazmente en casos de ataques. Comisiones técnicas del Ejército deberían hacer aquellas planificaciones, con dimensiones adecuadas, en tanto que los asuntos de marina, fueran competencia de los gobernadores⁵⁸.

Con respecto a la fuerza destacada en principio M. Moriano no opinaba personalmente y se refería a la opinión de otros cuando declaraba que la compañía estaba en perfecto estado de policía y disciplina, pues llevaban destacados solo dos meses escasos, y que estaban mandados por un capitán activo e inteligente, que dedicaba su atención a procurar el mayor cuidado con los hombres a sus órdenes, según opinión del gobernador y de diferentes personas de entero crédito. Exponía que tenían como material de guerra 91 fusiles, 92 bayonetas, 9100 cartuchos, correaes, mochilas, capotes, petates, fiambreras, mantas, salacot, uniformes, bolsas de aseo, morrales, sombreros, etc. Sus prendas estaban en regular estado porque las usaban cuando hacían trabajos de construcción de obras, y aunque podían usar ropas propias de paisano, no lo hacían por que no se les pagaban, de manera que M. Moriano recomendaba que se les dieran un par de trajes de tela barata y resistente y un sombrero tipo bori, para cuando trabajasen en las obras. También opinó sobre su jornada que empezaba a las 5 de la mañana y terminaba a las 9 de la noche. De 6 a 12 y de 2 y $\frac{1}{4}$ a 6 menos $\frac{1}{4}$, trabajaban en el corte de maderas, acarreo de materiales y construcción de edificios. De 12 y media a 2 de la tarde descansaban en el dormitorio, y las comidas se las daban a las 5 y $\frac{1}{4}$ el desayuno, una comida a las 12 y $\frac{1}{4}$ y la cena a las 6 de la tarde. Algunos días al mes hacían instrucción práctica, pero lo habitual era que trabajasen en lo comentado, de manera que hacían lo mismo que los disciplinados, lo cual no le parecía lógico, por tratarse de individuos que estaban en distintas condiciones⁵⁹.

Los disciplinados a su vez tenían 25 fusiles, 25 bayonetas, 7500 cartuchos, correaes, mochilas, capotes, petates, fiambreras, mantas, salacot, pantalones, etc. Sus guerreras con más de un año de uso estaban llenas de zurcidos, recomendando que se les proporcionase ropa de trabajo como a los otros soldados y mantener así en mejor estado sus ropas militares. Trabajan 6 horas diarias en un régimen parecido al de los de infantería, si bien reci-

⁵⁸ En el mismo, pp. 78 a 81.

⁵⁹ En el mismo, pp. 82 a 85 y 88.

bían 3 horas de clase, una de las cuales se dedicaba a estudiar el castellano, y se daba el caso de que algunos disciplinados también trabajaban en horas de siesta, ignorando la causa de aquella providencia⁶⁰.

Los ranchos dados a las tropas y disciplinados eran a su juicio insuficientes dados los trabajos que realizaban. Su base era arroz, carne salada de cerdo o de vaca, vino, mungo, vinagre, verduras, algo de café y de azúcar, distribuidos en las 2 comidas y el desayuno citados. Aquella insuficiencia era salvada por bastantes soldados empleando su salario en comprar alimentos complementarios, en especial carne salada o fresca, y en consecuencia solicitaba que se les aumentasen las raciones para que no tuvieran que gastarse el dinero en la sobrealimentación. Los propios oficiales pedían que se les diera arroz blanco, siendo la tónica general la escasez, en unos casos producida por el contenido menguado de algún producto como el vino, que llegaba con 92 litros en las cuarterolas, cuando debían llevar 112, y en otros casos, por la necesidad generalizada de guardar víveres para 6 meses en la factoría⁶¹.

En aquella inspección de M. Moriano también se reflejaban los restantes trabajos que hacían los soldados y un juicio general sobre el tema, duro a la par que poco condescendiente con los responsables máximos de la colonia. En efecto constató que las fuerzas militares además de los servicios que tenían de trabajo obligatorio, hacían guardias, duplicadas las de la noche, en los recintos militares y en la enfermería, en casa del gobernador y al comienzo del istmo, comunicándose con señales de Morse, lo que impedía que se durmieran, pues cada poco tiempo se producían intercambios de señales, incluida la de la farola roja del fuerte, en tanto que los disciplinados únicamente hacían guardia en su cuartel. Aquel dispositivo adolecía de defectos clave, así, como consecuencia de la mala ubicación de los centinelas, unos muy cerca y otros muy lejos, en un previsible ataque, las posibilidades de respuesta eran prácticamente nulas, pues carecían de defensas y poca perspectiva para la vigilancia, e irrealizable sobre la marcha la formación del parapeto mencionado como proponía el gobernador. Además, la poca instrucción práctica que recibía la tropa por atender trabajos haría que en muy poco tiempo perdieran los hábitos militares, teniendo casi nulas posibilidades de repeler una hipotética agresión⁶², lo que escrito por M. Moriano era una crítica a la totalidad de todo lo dispuesto con respecto al principal soporte de la colonia, que no era otro que el Ejército, cuyo empleo mayo-

⁶⁰ En el mismo, pp. 86 y 87.

⁶¹ En el mismo, pp. 91 a 94.

⁶² En el mismo, p. 98.

ritario en trabajos ajenos a la preparación militar por falta de mano de obra nativa le parecía un mal planteamiento.

A las críticas y comentarios sobre la situación del Ejército añadió también las concernientes a la calidad de lo que se estaba construyendo, pues aseguraba que los edificios hechos con tablas, bonga y coco eran muy deficientes, entraba el agua cuando llovía y los rayos del sol por las fisuras que presentaban, de manera que no durarían mucho más de 2 años, como ya había ocurrido en otros anteriores. De lo hecho únicamente eran consistentes la casa de gobierno, el polvorín, la iglesia, los 2 aljibes de mampostería, el lavadero, el pantalán principal y el istmo, todo lo demás era de muy escasa consistencia, con peligro evidente de incendio, que en el caso de darse en la enfermería, ardería toda sin remisión⁶³, comentarios que entrañaban el concepto de que una parte del esfuerzo que hacían las tropas, era inútil por la caducidad casi inmediata de lo que se construía deficientemente.

3.2.1. *La isla de Ponape.*

Conforme a las averiguaciones de M. Moriano la isla tenía 22,5 kilómetros de norte a sur y 26 de este a oeste, estaba rodeada de arrecifes y pequeños islotes basálticos, cubiertos de bosques, además de otro conjunto de islas que aparecían como rompientes o bancos, y su perímetro era de 110 kilómetros. Era muy montañosa, de manera que era visible a más de 60 millas marinas de distancia, su mayor altura era de 900 metros en el monte llamado Santo o Tolocolme, y en su mayor parte se hallaba cubierta de espesos bosques altos con escasas maderas útiles para la construcción, abundando los árboles llamados del pan o rima, los cocoteros y el mangle. Tenía un gran número de ríos que arrastraban mucho material, formando bajos de arena que eran muy peligrosos para la navegación que se acercaba a sus 3 puertos, San Santiago en el norte, Metalami al este y Kiti en el suroeste. La isla tenía una temperatura media de 27°, era muy lluviosa con una humedad del 90% a la par que muy ventosa, con vientos persistentes del tercer cuadrante. El barómetro en 6 meses marcaba una media de 758,3 y el agua caída en aquel espacio de tiempo era de 155 centímetros. A juicio del médico de la colonia aquel clima no era el más apropiado para los europeos por su inclemencia y por la falta de productos naturales. En cuanto a su fauna había cerdos y gallinas salvajes procedentes en principio de otros países, y como especies autóctonas abundaban los loros y otros pájaros como tórtolas y palomas.

⁶³ En el mismo, pp. 72, 73 y 79.

Había además infinidad de reptiles, escorpiones y ciempiés, y auténticas manadas de ratas de gran tamaño⁶⁴.

Los nativos, observaba M. Moriano, presentaban caracteres parecidos a los llamados mestizos filipinos, más robustos, con facciones bastante correctas y a juicio de A. von Chamisso, procedentes de las tribus que poblaban el este de la Polinesia, con cruzamientos de raza, con gente europea procedente de barcos balleneros y algunos indios. Estaban organizados en 5 demarcaciones territoriales o tribus llamadas Pokois, Mot, U, Metalami y Kiti, situadas en la costa, ya que el interior estaba deshabitado y la autoridad la tenían unos reyezuelos llamados manamaraki, existiendo además una ranhería no sometida a ninguno de los reyezuelos. El número de habitantes era de 5.000, en población estacionada por la poca fertilidad de las mujeres, si bien 50 años antes eran 15.000, población que fue reducida al tercio citado por una epidemia de viruela. Practicaban una agricultura rudimentaria removiendo algunos terrenos donde plantaban semillas de ube, calabaza, caña de azúcar morada y blanca, y algo de café de muy mala calidad, y se alimentaban de aquellos productos a los que había que añadir por su importancia la rima del árbol del pan, los plátanos y la piña de gran calidad, no muy abundante. También completaban la dieta con pescado pues pescaban de noche, con luz, cuchillo, redes o corrales, y con piezas de caza como palomas o tórtolas a las que abatían, demostrando todos los cazadores habilidad en el tiro⁶⁵.

Con respecto a su carácter comentaba M. Moriano que eran dóciles, afables y buenos, aunque con los españoles no lo habían demostrado en los tristes y deplorables acontecimientos de julio de 1887. Algunos practicaban ciertas actividades como manufacturar patates, coger copra, marfil vegetal o conchas para vendérselas a los extranjeros, si bien la mayor parte del tiempo lo dedicaban a tomar bebidas espirituosas, a fumar, o a practicar la holganza más absoluta, rota en algunos momentos por el tiempo que dedicaban al rezo, en el caso de estar convertidos. En la demarcación de Metalami, principal residencia de los metodistas norteamericanos, las cosas eran distintas, pues se les aplicaba castigos, se les hacía cultivar parcelas de tierra, y los llevaban a las escuelas-iglesia a aprender inglés, operaciones aritméticas y a rezar. Las casas de los nativos tenían una base de piedra, las paredes de carrizos y la techumbre de una especie de nipa, procedentes en general del árbol de la rima, y además de ventanas bajas, hacían las puertas estrechas. Se movían por pequeñas sendas de unas casas a otras, pero para ir de pobla-

⁶⁴ En el mismo, pp. 112 a 114, 118, 119 y 189.

⁶⁵ En el mismo, pp. 115 a 118.

do en poblado lo hacían por mar en ligeras vintas o piraguas muy marineras, mejores que los botes para moverse entre los arrecifes⁶⁶.

La indumentaria era también muy primitiva, los hombres llevaban un taparrabos, denominado col, hecho de fibras de coco, y las mujeres un trapo de pequeñas dimensiones, rojo, enrollado en la cintura hasta medio muslo, con el pelo cortado, como los niños europeos. Unos y otros iban llenos de tatuajes como ocurría con la gente de casi todas las islas de Oceanía, y los varones acostumbran a cortarse uno de los órganos principales para la reproducción (el testículo izquierdo), lo que a juicio de M. Moriano influía en la escasa natalidad que se percibía en la isla. A su vez los nativos que vivían cercanos a los establecimientos de los metodistas, vestían a la europea, con trajes, y las mujeres con batas largas de colores predominantemente chillones. Los kanacas, como se les denominaba habitualmente a los nativos, eran prácticamente monógamos, y respetaban a su única mujer, si bien algunos se prestaban a dejar a sus hijas a los extranjeros a cambio de alguna dádiva. Lo que más llamó la atención de M. Moriano en cuestiones de relaciones sociales, hasta el punto de manifestar que estaba estudiando el tema, fue el que las mujeres casadas mantuviesen relaciones sexuales con los parientes de sus maridos, y se entendiese aquello como una muestra de cariño mutuo⁶⁷.

En materia religiosa la mayoría de la población, excepto los integrantes de las tribu de U y parte de la de Kiti, estaban bautizados y eran cristianos conforme a las enseñanzas de los metodistas norteamericanos que dirigía Edward Doane, si bien opinaba M. Moriano que rezaban mucho pero que trabajaban poco, en tanto que los no bautizados al parecer adoraban un ídolo en forma de pez, en cuya boca creían que residía el alma de algún pariente⁶⁸.

Con respecto a los extranjeros residentes, M. Moriano apenas apuntaba que eran pocos y que se dedicaban a acumular copra que cambiaban por telas, armas, y bebidas espirituosas, en un comercio que funcionaba hacía más de 50 años, sin que se tuviera noticia de que nadie hubiera hecho una fortuna importante, aunque reconocía que en el intercambio que se practicaba la parte del león se la llevaban los extranjeros. Estos sacaban la citada copra con destino a unos almacenes que había en la isla de Sanga y de allí se llevaba a las islas Marshall y Gilbert, siendo muy pequeñas las operaciones de Ponape. Curiosamente apostillaba que se creía que los metodistas sacaban de la isla algún otro producto, aún no comprobado, cuyos beneficios eran

⁶⁶ En el mismo, pp. 118 a 120 y 122.

⁶⁷ En el mismo, pp. 121 y 122.

⁶⁸ En el mismo, p. 117.

empleados en imprimir biblias y en comprar otros libros instructivos que regalaban a los kanacas⁶⁹.

3.2.2 *El gobierno de Ponape.*

Según llegó a la colonia de Santiago de la Ascensión, instalada sobre una meseta en el puerto de San Santiago, y con una extensión de 300 por 200 metros, M. Moriano se percató de que lo que allí sucedía era bastante diferente a lo que había visto en Yap, el hecho diferencial principal era la presencia en varios puntos de la isla de unas misiones metodistas norteamericanas que llevaban allí cerca de 50 años, que tenían un amplio ascendiente sobre una buena parte de los nativos y que de hecho ejercían una autoridad que se extendía por encima de la practicada tanto por los manamaraki, como por el gobernador español, lo cual le parecía fuera de lugar y por lo tanto criticable. Para llegar a aquella situación había que tener en cuenta lo acontecido entre el 1 y el 4 de julio de 1887 cuando tuvo lugar la rebelión contra la colonia española que le costó la vida a una buena parte de la misma y al primer gobernador enviado Isidoro Posadillo, quien tras tomar posesión el 14 de marzo de aquel año, trató de contrarrestar la influencia de los metodistas, mandando detener al citado E. Doane enviándole a Manila para ser juzgado, lo que al parecer causó la rebelión armada que pilló por sorpresa a la colonia con el resultado comentado, la destrucción de la misma y la muerte del gobernador entre otros. La situación no se prolongó y la autoridad española fue restablecida de inmediato por D. I. de la Concha, quien al mando de 50 hombres volvió a ocupar el terreno de la colonia, y colocó la bandera nacional donde antes estaba, sin que los nativos reaccionasen de nuevo, acontecimientos que a M. Moriano le parecieron surgir por una actuación equivocada del gobernador. Así la llegada el 31 de octubre siguiente del nuevo gobernador, el capitán de fragata Luis Cadarso, encabezando una expedición militar, dio paso a una nueva etapa de la colonia, que precisamente no se caracterizó por su dominio de la situación⁷⁰.

Así M. Moriano aseguraba que había sido trabajo arduo hacerse una idea del prestigio y de la influencia del gobernador cuando visitaba la colonia, dadas las circunstancias especiales que se daban en la misma, pues los nativos muy retraídos no daban su opinión, no pisaban la colonia, y si alguna vez a requerimiento del gobernador acudía algún manamaraki, previamente consultaban a

⁶⁹ En el mismo, pp. 128 y 129.

⁷⁰ En el mismo, pp. 123 a 125, 130 y 131.

E. Doane, de forma que el enclave solamente era visitado con regularidad por 6 prostitutas y otros tantos comerciantes. Al parecer cuando llegó L. Cadarso dio un bando solicitando que le entregasen a los causantes de la muerte de I. Posadillo, los prisioneros tomados, y que le devolviesen las armas, municiones y demás objetos sustraídos de la colonia en el ataque de julio pasado, estableciendo un plazo, que caso de no cumplirse daría lugar a la ruptura de hostilidades, lo que no se cumplió, dando lugar a nuevos plazos y a la intervención del citado E. Doane y de algunos de los jefes tribales, consiguiéndose devoluciones parciales, y encarcelamientos de hombres que al parecer no habían sido los responsables principales de la rebelión y los asesinatos⁷¹.

Los nativos al parecer, esperaban un castigo ejemplar del gobernador, pero este tal vez por instrucciones recibidas, actuó con una benevolencia interpretada por los nativos como debilidad, coyuntura que aprovecharon los metodistas que empezaron a aparecer como mediadores, obteniendo ellos la gratitud inherente, y dando la impresión de que el gobernador sólo castigaba o perdonaba por la intervención de los mismos, así de pronto pasaron a ejercer una gran influencia sobre las tribus de Mot y Pokois, cuando antes no la tenían. Los metodistas tenían braceros y criados nativos y la colonia ni uno solo, aunque se les habían ofrecido salarios altos, lo que podía interpretarse como que los nativos no acudían a la misma para no desairar a los metodistas. A esta situación se añadió la circunstancia de que el gobernador desde su llegada hasta diciembre de 1888 sólo había salido una vez de visita a los poblados de Metalami, lo que a M. Moriano no le parecía la mejor manera de llevar las relaciones con los nativos y de paso disminuir la influencia de los metodistas⁷².

En cuanto a la expansión del catolicismo, los 3 padres misioneros capuchinos junto con los 3 profesos que les acompañaban tan sólo habían hecho un intento de fundar una misión en uno de los poblados de Kiti que se suponía enemistado con los metodistas, información que resultó ser falsa, pues los enviados fueron recibidos con frialdad, no demostrando los nativos ningún interés por la propuesta. Al parecer en el período anterior a la rebelión 19 niños nativos habían sido bautizados, y sus padres les llevaban con asiduidad a la colonia, pero tras los sucesos de julio, no habían regresado, y con la excepción del viaje a Kiti, por orden del gobernador, no habían vuelto a salir los religiosos de la colonia, y la tarea misional se había reducido a la conversión de una mujer que fue enviada a Manila a terminarse de formar en un convento, y al bautizo y a la educación de un hijo de aquélla⁷³.

⁷¹ En el mismo, pp. 195 a 199.

⁷² En el mismo, pp. 200 y 201.

⁷³ En el mismo, pp. 164 y 203 a 205.

Como consideraciones generales sobre el gobierno político militar M. Moriano exponía que en más de un año ni el gobernador, ni las tropas ni los misioneros habían salido del recinto de la colonia sino en raras excepciones, y que en una de aquéllas en que 20 personas se dirigieron al enclave de la antigua colonia a recoger tablas, se tuvieron que volver con una cuarta parte de lo que pretendían, ante la actitud hostil de los nativos. Además, solamente una de las personas a quienes se pidió opinión aseguró que la autoridad del gobernador se extendía más allá de la empalizada de la colonia, aunque a todas luces pareciera lo contrario, pues la realidad que se imponía consistía en que la presencia de los españoles se consentía por los nativos porque así se lo trasmitían los metodistas, siendo el citado E. Doane el gobernador de hecho, por más que éste dijese que acataba, respetaba y considerara al representante del Gobierno español como la máxima autoridad del territorio⁷⁴.

La situación era tan confusa que algunos extranjeros estaban convencidos de que E. Doane actuaba por delegación del gobernador, y de que en ocasiones había llegado incluso a hacer prisioneros, cosa que a M. Moriano le parecía improbable, pues aquello hubiera sido motivo de inmediata actuación por parte del gobernador. Pero por otra parte el juicio final sobre la situación lo hacía considerando que en efecto los beneficios obtenidos en la colonia de Santiago de la Ascensión eran únicamente los derivados de la ocupación del terreno dentro de la empalizada, permitida por los nativos y los metodistas, pero sin poder disfrutar de ningún recurso ni en brazos ni en productos⁷⁵.

La colonia estaba en parte construida destacando entre sus elementos la casa de gobierno, que era un buen edificio de cimientos de mampostería, 1 metro por encima del suelo, hueco aquel que estaba aspillero para defenderse de posibles ataques. El edificio estaba dotado de patio interior, tenía buenas maderas en sus paredes y una techumbre de zinc. Las habitaciones eran grandes y los techos elevados, con buena ventilación por ventanas anchas y altas cerradas por conchas, y en la parte trasera contaba con una galería cubierta que aumentaba sus buenas condiciones higiénicas. Dotada de un jardín de 5 metros delante, estaba rodeada de una buena verja de cimientos de mampostería y maderas, pero tan alta que era un obstáculo para los tiros que se disparasen desde la zona aspillero. Dotada de dos garitas a los lados de la puerta, le faltaba que terminasen de pintar algunas zonas de la fachada, pero el edificio era de lo mejor de todo el archipiélago filipino,

⁷⁴ En el mismo, pp. 207, 208 y 210.

⁷⁵ En el mismo, pp. 209 y 210.

tanto de particulares como del Estado. Cercana a la misma estaba la casa del secretario, de menores dimensiones, pero de igual calidad en los elementos de construcción⁷⁶.

Para las operaciones en el puerto tenían 4 pantalanés, ninguno en buen estado. Uno, llamado Posadillo, hecho de mampostería estaba ruinoso. El segundo lo formaban unas estacas clavadas en el mar, cuyos espacios estaban aún por rellenar. El tercero era de hojas de coco sobre pilares de mangle, y era provisional, y el cuarto, de igual construcción, había sido hecho por la marinería del San Quintín, que tenía su continuidad en el camino hasta la meseta donde se ubicaba la colonia, su estado de conservación era mediano, pues por su piso transitaban las piedras desde el mar, ayudados de material de Decauville tendido sobre el mismo. Contaban también con hornos y fragua, situados bajo elementos provisionales, de 4 palos cubiertos por planchas de zinc, destacando M. Moriano que el horno del pan estaba medio derruido, y que su funcionamiento era incorrecto por las pérdidas de calor propias de su defectuosa construcción⁷⁷.

Mostraba cierta sorpresa también por la existencia de un recinto llamado plaza de toros de 18 metros de diámetro, formado por estacas de mangle, con un cercado o corral anejo de 5 por 4,4 metros, y una armadura para instalar unas gradas o palco para el gobernador, del que comentaba que contrastaba ver esa obra, que revelaba tan pocos progresos de civilización, con el sitio destinado a cementerio, ubicado a 200 metros de la estacada de la colonia, sin protección alguna, que era visitado tanto por animales coloniales como salvajes, y para el que reclamaba por lo menos la construcción de una cerca que evitase aquellas visitas⁷⁸.

La misión católica, que como hemos comentado estaba compuesta por 3 padres y 3 hermanos misioneros capuchinos, contaba con una capilla de 6,5 por 4 metros, con piso de tabla elevado medio metro del suelo, paredes de zinc, que reunía malísimas condiciones higiénicas a pesar de contar con ventanas. Terminada recientemente su ornamentación dejaba bastante que desear, lo que era lógico si se consideraba que era un edificio provisional. Hasta hacía poco, comentaba M. Moriano seguramente informado por los religiosos, no se les había facilitado elemento de ningún género donde vivir, y de forma reciente ocupaban una casa de madera y piso elevado 1,2 metros sobre el suelo, con techo de madera forrado de zinc, y protegida por unos copudos árboles. Tenía 4 habitaciones, una la destinada a comedor, se utilizaba para dar las clases a los 2 únicos niños que tenían a su cargo. La cocina y la

⁷⁶ En el mismo, pp. 133 a 136.

⁷⁷ En el mismo, pp. 132, 133 y 151.

⁷⁸ En el mismo, pp. 152 y 153.

despensa estaban en otra casa de 6 por 4,5 metros de madera y techo de zinc, y completaban sus instalaciones un gallinero y un cobertizo para materiales de construcción⁷⁹.

Sobre el conjunto construido opinaba que a excepción de la casa de gobierno, la del secretario y la de los padres capuchinos, las demás instalaciones no cumplían con el objetivo a que habían sido destinadas. En realidad se había intentado hacer mucho en poco tiempo, y se había trabajado con pocos recursos; el resultado era un gran número de obras y casi ninguna aprovechable. Por si quedaba duda alguna acerca del juicio de M. Moriano, concluía declarando que la colonia estaba mal planteada en todos los sentidos, tanto civiles como militares⁸⁰.

3.2.3 *El Ejército en Ponape.*

Si la situación del gobernador y de la colonia en general mereció la desaprobación de M. Moriano, lo que observó acerca de la disposición del enclave, desde el punto de vista militar, aún fue más negativo. Para empezar comentó que la empalizada que rodeaba toda la colonia se encontraba en deplorable estado de conservación, ya que presentaba huecos por donde podían pasar dos hombres de frente, no tenía aspillera, ni troneras o huecos para hacer fuego, y no se reponían las estacas que se caían, lo que a efectos defensivos la convertía en nula. Fuera de aquel recinto se encontraban dos blokans, uno al norte y otro al sur, así como un fuerte. El blokan del norte tenía 6 por 6 metros, una base de piedra hasta 1,2 metro de altura, y el resto era de tablas de mangle horizontal y verticalmente colocadas, aunque de espesores pequeños para evitar el paso de la munición de fuego, y con los techos de nipa. Era de 3 pisos aspilleros, el último descubierto para el centinela, y la puerta era defendible desde el primer piso. Echaba en falta algún foso u otra clase de obstáculo a su alrededor, si bien en un ataque sin artillería podría defenderse. El blokan del sur era de 4 por 4,6 metros, de 2 pisos con igual tipo de materiales de construcción, estando el piso alto dispuesto para tirar en parapeto, dejando la cabeza al descubierto, lo que debería arreglarse, e igual que en el primero poner algún obstáculo alrededor⁸¹.

Aquellos recintos se habían construido en los flancos de la empalizada teniendo en cuenta la ineficacia del fuerte en momentos de posible guerra. Su utilidad era sólo de vigilancia, pero para hacer fuego efectivo estaban mal

⁷⁹ En el mismo, pp. 136 a 140.

⁸⁰ En el mismo, pp. 164 a 166.

⁸¹ En el mismo, pp. 133, 153 y 154.

ubicados, y peligrarían las fuerzas propias. El fuerte a su vez era un recinto heptagonal irregular de 7,3, 10,5, 18,3, 17,1, 7, 15,8 y 10,4 metros, con 5 explanadas con troneras o cañoneras mal construidas, pues por el retroceso podía caerse alguna y estropearse, al estar a 1,4 metros elevadas del suelo. Todo el recinto era de mampostería en buen estado de conservación, aunque por las dimensiones y alturas muy incomodo de usar en momentos de combate. El foso de alrededor, era escaso, de medio metro de profundidad por 2 de anchura, y parecía más una zanja. No había puerta en el fuerte, ni obstáculo que impidiera la entrada en caso de ataque, y dentro estaba la oficialía de guardia y el cuerpo de guardia, construcciones de madera que sobresalían del parapeto, de manera que eran blanco fácil, además de carecer de ventilación, lo que las hacía inhabitables. El polvorín dentro del recinto estaba excavado en parte en el suelo, y el resto hasta 1,5 metros sobresalía, hecho de madera y zinc, con unas medidas de 5 por 30 metros, resultaba que no tenía desagües para el agua en tiempos de lluvia, lo que podría producir que se inutilizase la munición⁸².

Los comentarios de M. Moriano eran muy severos y descalificaban toda la instalación hasta el punto de advertir abiertamente otros peligros que entrañaba, como eran que el fuerte estuviera frente a una explanada tras la cual había un bosque, desde donde consideraba que si se apostaban tiradores harían blanco fácil en la tropa, por estar mal diseñado. Los sirvientes de las piezas de artillería y los tiradores quedaban con la cabeza y parte del pecho al descubierto por la poca elevación del parapeto. El muro y el foso o zanja parecían más destinados a favorecer un ataque que útiles para repelerlo, pues el ángulo de tiro desde arriba era nulo, y en fin que la disposición sin puertas del fuerte, y la situación de sus edificios internos hacía casi imposible volver el fuego hacia el interior del mismo, caso de que entrasen enemigos⁸³.

Completaba el dispositivo defensivo de fuera de la empalizada la corbeta María de Molina, anclada a algo más de 2 kilómetros de distancia en el puerto, que se utilizaba como pontón, donde se guardaban víveres, munición y carbón que traían los barcos de guerra, para usarlo en los viajes de regreso, sin que aquella disposición le mereciera comentario alguno de valoración táctica a M. Moriano⁸⁴.

Pero si lo hacía acerca de los dos cuarteles que se hallaban dentro de la empalizada, edificios que a su juicio no reunían las condiciones apropiadas para alojar a la tropa. El primero situado en la zona norte tenía 32 por 12 metros, y se hallaba en buen estado de conservación; su base era de mampostería, estaba elevado 1 metro sobre el suelo, tenía paredes y techo de zinc y el

⁸² En el mismo, pp. 155 a 159.

⁸³ En el mismo, pp. 169 y 170.

⁸⁴ En el mismo, p. 164.

piso de tablas muy bastas. Albergaba 2 naves para soldados, 2 cuartos para sargentos, y un almacén de la compañía. La atmósfera en su interior se enraecía y calentaba de tal manera, que aún teniendo ventanas y agujeros para ventilación, algún que otro individuo se salía a dormir a la intemperie, por lo que recomendaba que el zinc fuera sustituido por madera para mejorar su habitabilidad. Se completaba el recinto con 2 comedores para sargentos y cabos, una cocina, un gallinero y una porquera. El segundo cuartel tenía 27 por 7 metros y estaba mal construido con arigues de madera, paredes de nipa del país, suelo de tierra y techo de zinc, por donde entraba el agua y el viento a la nave de la tropa, que resultaba muy húmeda. Aparte los sargentos tenían otra casa de 16,5 por 6 metros de materiales muy ligeros, con un cuarto para cada uno, en tanto que un cabo casado tenía otra casita de 7,5 por 5 metros. A su vez los oficiales habitaban en 6 casas de 9 por 5 metros, con cocinas contiguas de escasa consistencia, de materiales muy ligeros, la que más con 3 habitaciones, y ni una sola era apropiada para oficiales de carrera y de su posición social⁸⁵.

Los efectivos militares del primer cuartel eran la 1ª compañía del Regimiento de Infantería nº 3, con 124 hombres, 1 sargento primero, 6 sargentos segundos, 2 bandas, 7 cabos primeros, 3 cabos segundos, y 105 soldados, mandados por 1 capitán, 1 teniente, 2 alféreces, que disponían de 127 fusiles y bayonetas, 12700 cartuchos, correajes, mochilas, mantas, pantalones, guerreras, camisas etc. En el segundo cuartel estaba una compañía del Regimiento de Infantería nº 7, con 101 hombres, 1 sargento primero, 4 sargentos segundos, 2 cornetas, 8 cabos primeros, 5 cabos segundos y 81 soldados, mandados por 1 capitán, 2 tenientes y 1 alférez, que disponían de 100 fusiles y bayonetas, 9 sables de sargentos, 10000 cartuchos e indumentaria similar a la citada para 100 soldados. Todas estas tropas se estaban reemplazando en aquel momento por 2 compañías del Regimiento de Infantería nº 5, compuestas por 199 hombres, 3 sargentos 2º, 3 cornetas, 4 cabos 1º, 5 cabos 2º, y 184 soldados, mandados por 1 capitán, 3 tenientes, y un alférez, que disponían de 190 fusiles y bayonetas, 36500 cartuchos e indumentaria similar a la citada para 190 hombres. A estos efectivos había que añadir los 50 hombres a cargo de un teniente de navío que vivían en el pontón⁸⁶.

El restante armamento de artillería a disposición del gobernador en la colonia se hallaba distribuido entre el fuerte, el polvorín, y el pontón, destacando entre éste en el fuerte 6 piezas de montaña, 5 en la explanada y una en el suelo para instrucción de la tropa. En el polvorín 77632 cartuchos para

⁸⁵ En el mismo, pp. 141 a 144.

⁸⁶ En el mismo, pp. 141, 144, 162 y 194.

fusil Remington, 541 granadas ojivales, 28 botes de metralla, 258 kilos de pólvora, 6 cañones rayados, 7 cureñas, 40 cajas metálicas de municiones, y en el pontón 4 cañones de a 20 modelo Rivera convertidos en de a 16 por Palliser, y 2 cortos de a 8 de bronce cargados por la boca⁸⁷.

Las tropas que inspeccionó M. Moriano fueron las 2 primeras compañías citadas que estaban a punto de partir, las cuales dejaban bastante que desear, a causa de los trabajos realizados que eran principalmente de construcción de obras, y por numerosos servicios impuestos por el gobernador, hasta el punto de no haber hecho revista de la tropa en los 6 últimos meses. El horario que habían hecho era de 5 de la mañana a 9 de la noche, y de aquél de 6 a 10,30 de la mañana y de 13 a 17 de la tarde los habían dedicado a la construcción de buena parte de los edificios citados. En cuanto a instrucción militar hacían una hora a la semana y ninguna de teórica, y los que guardaban su ropa militar en mediano o buen estado era porque se habían pagado ellos ropas de paisano para trabajar en las obras. Los servicios propiamente militares los prestaban el 20% de la tropa, y eran desempeñados siempre por los mismos individuos. Resultaba que únicamente 20 hombres por compañía habían sido instruidos en el manejo de las piezas de artillería del fuerte, el resto de la tropa trabajaba en las obras, incluidas las casas particulares de los oficiales. El resultado era que la mayor parte de aquellos soldados únicamente recordaba su estatus castrense cuando oían los toques de corneta o por vestir alguna prenda militar⁸⁸.

Los servicios de armas en el fuerte los realizaban 20 hombres al día, 1 corneta, 1 cabo, 1 sargento y 1 oficial. En los blokans un centinela en cada uno, relevado cada hora. De noche había 2 centinelas en el parapeto y 1 cabo y 3 soldados en cada blokan. La casa del gobernador tenía también 2 hombres de guardia, nombrados entre los que hacían trabajos, tanto de noche como de día. Las rondas nocturnas las hacían el capitán de servicio, 1 oficial, 1 sargento y varios cabos, pero dada la escasa preparación militar de la tropa, dudaba abiertamente M. Moriano de que fueran capaces de repeler un ataque por sorpresa de los nativos⁸⁹.

Con respecto a la intendencia, argumentaba que se podía mejorar. Pieza básica en la misma era la factoría, un edificio de 20,5 por 12 metros, cimentado en mampostería, a 80 centímetros del suelo, 3 paredes de nipa y una de zinc, al igual que el techo. Tenía dentro un teatrillo con escenario, que de momento, y hasta que no se terminara la enfermería, tenía camas para los enfermos. El resto lo ocupaban la casa del factor, cargo que ejercía un

⁸⁷ En el mismo, pp. 159 a 164.

⁸⁸ En el mismo, pp. 176 a 178, 181 y 194.

⁸⁹ En el mismo, pp. 189 a 192.

sargento, y un cuarto de víveres sobre el suelo, lo que motivaba una continua depauperación de lo almacenado, que estaba calculado que fuera para 3 ó 4 meses, guardándose el resto de los víveres en el pontón. Los víveres principales eran arroz corriente de pangas, galleta, harina, arroz de 2^a blanco, bacalao, garbanzos, habichuelas, tocino del norte, café, azúcar, mongo, vino, vinagre, anisado de Europa y del país, faltando aceite de oliva, y se desconocía la cantidad de sal almacenada. Como enseres se guardaban elementos de alumbrado, muebles, telas, mantas, tinajas, cubos de hierro galvanizado, y diverso menaje⁹⁰.

La tropa recibía la misma alimentación que en Yap, pero completada con pescado recogido en los corrales de pesca de cada compañía, el material que se les compraba a las casas extranjeras, y algunas frutas del país, pero aún con todo, dado el trabajo que realizaban, a M. Moriano le parecía insuficiente. Las existencias que se guardaban en la factoría y el pontón, teniendo en cuenta además lo que almacenaban los comerciantes, podrían servir para dos años. En cuanto a la atención sanitaria la realizaba un médico primero de la Armada, que residía en el pontón, asistido por 2 sanitarios y 2 enfermeros soldados. Pasaba la consulta en el teatro de la factoría, mientras se construía la enfermería, tras abandonar una primera casa provisional de malos materiales y antihigiénica. Los asistidos eran entre 5 y 15 al día aquejados en su mayoría de lesiones traumáticas por el acarreo de materiales y accidentes en la construcción, aunque esporádicamente se presentasen también por afecciones catarrales y beriberi. En aquél momento únicamente ocupaban cama dos enfermos con calentura. La nueva enfermería estaba bastante avanzada y consistía en dos edificios octogonales a un metro del suelo, con ventanas aspilleradas para su defensa, unidos por una galería, y con cabida para 24 camas⁹¹.

Todo aquel dispositivo militar estaba basado en una lógica desconfianza con respecto a los nativos y a la influencia agresiva que sobre los mismos pudieran ejercer los metodistas americanos. El gobernador apenas salía de la colonia y el Ejército y la Marina que mandaba tenía más efectivos y armamento que el registrado en la isla de Yap, no obstante para M. Moriano aquello era inoperante. Argumentaba que aunque el servicio de armas se prestara con escrupulosa vigilancia, el estado defensivo de la colonia se le antojaba deplorable, de nula efectividad, y caso de darse un ataque caería con toda facilidad ante un enemigo medianamente organizado, que aprovechase el terreno y usase astucias o estratagemas propias de la guerra. Precisaba que

⁹⁰ En el mismo, pp. 147 a 150.

⁹¹ En el mismo, pp. 151, 152, 187 y 188.

en un posible ataque en vintas por mar las defensas existentes serían absolutamente inoperantes, pues antes de que las tropas de los blokans se dieran cuenta, la casa del gobernador y las que tuvieran por conveniente estarían ocupadas, y entonces ni ellos ni las del fuerte harían otra cosa que causarse bajas mutuamente. En cuanto al pontón, de ser de noche el ataque, nada podrían hacer, e incluso de día su fuego sería peligroso dada la enfilación de los edificios⁹².

En su crítica continuaba que la suposición de que las obras de defensa invalidarían cualquier intención de atacarlas por parte de posibles enemigos, no justificaba la nula disposición de toda la colonia a los efectos militares. Todo debería haberse hecho de manera determinada de forma que fuesen aprovechables. Los nativos eran peligrosos conforme a lo acontecido del 1 al 4 de julio de 1887, y se habían envalentonado al no producirse una reacción consecuente de nuestro Gobierno, lo que había sido tomado como debilidad de carácter. Los nativos cantaban himnos rememorando la victoria en los que se menospreciaba a las tropas españolas, lo cual eran elementos a tener en cuenta a la hora de pensar en otro posible ataque⁹³.

En consecuencia recomendaba formar un plan hecho por personal técnico, argumento empleado también con respecto a la colonia de Yap, al que deberían sujetarse todas las obras que se modificasen o construyesen, y que el gobernador, dada su carrera de marino de guerra, se ocupase de lo que fuera de su competencia. Así resultaba que en su opinión era preciso rehacerlo todo excepto la casa de gobierno, la del secretario y la iglesia, pues todo lo demás construido era inoperante desde un punto de vista militar⁹⁴.

Consideraciones finales.

Es evidente que a M. Moriano no le gustó nada lo que vio en las colonias y no dudó en criticar ácidamente lo que estaban haciendo los gobernadores Mariano Torres en Yap y Luis Cadarso en Ponape. No le parecieron efectivas las disposiciones tácticas militares y menos que se emplease a la tropa en labores predominantemente de obreros de la construcción. No sabemos hasta que punto había entonces un pique institucional entre los miembros de la Armada y los militares de Estado Mayor, pero se permitió la licencia de hacer unas críticas demoledoras de lo que dos marineros en concreto hacían en los gobiernos de las Carolinas.

⁹² En el mismo, pp. 166 y 173.

⁹³ En el mismo, pp. 173 y 174.

⁹⁴ En el mismo, p. 175.

A la vista de lo observado en las islas con respecto a los nativos, en el caso de Yap indiferencia absoluta con respecto a los españoles, y en Ponape, un potencial peligro, M. Moriano opinaba que en diciembre de 1888 todos ellos estaban prácticamente igual de salvajes que cuando llegaron los españoles, con la sola excepción de San Francisco de Goror en Yap, y se le antojaba muy delicado, aunque podía recomendarse, el aumentar la presión sobre ellos para disminuir su salvajismo y convertirlos en católicos, pero la realidad era que las islas no estaban sometidas a los gobernadores más allá de los terrenos ocupados por las colonias⁹⁵.

Argumentaba que en más de 2 años que hacía que España tenía la posesión sobre las islas no se habían obtenido resultados prácticos ni beneficiosos, ni para España, ni para las mismas, lo cual se le antojaba natural dadas sus características. Estaban muy pobladas, sus habitantes vivían con muy pocas cosas, no había tierras cultivables que pudieran cambiar la situación pues abundaba el terreno basáltico, la civilización y el progreso les haría demandar bienes y servicios que ni tenían ni podrían obtener, lo que conllevaría consigo que tuvieran que emigrar para conseguirlos. El único producto aprovechable, y nunca a gran escala, ni produciendo beneficios importantes, era el coco. Los nativos tenían una evidente tendencia a trabajar lo menos posible, y para colonizarlas habría que llevar colonos lo que aumentaría una superpoblación imposible de soportar⁹⁶.

Así, a su juicio, el porvenir no existía para las islas. Sus costas peligrosas por los arrecifes, los malos puertos, y la falta de recursos, seguirían impidiendo la llegada de barcos, excepción hecha de los balleneros. La apertura del canal de Panamá próxima a producirse en nada iba a beneficiar a las Carolinas, lejos de las rutas lógicas hacia el Pacífico. Al carecer de recursos habría que importarlos y esa función ya la practicaban las islas Sandwich, que si estaban en la derrota natural de la navegación. Se preguntaba, si las islas no tenían valor ¿qué pretendía Alemania al querer apoderarse de las mismas?, difícil era dar una respuesta, pero si pensaban instalar población, a estas alturas ya estarían arrepentidos de haberlas ocupado, pues no producían otra cosa que gasto al presupuesto⁹⁷.

Pero aquel argumento con respecto a España no quería transmitir en ningún caso que nuestras islas debieran abandonarse, era una cuestión de honor lo ocurrido en 1885, por lo que se actuó y se demostró nuestro derecho, pero nuestra permanencia en las mismas debía hacerse en otras condiciones, a saber, reduciendo gastos mediante el nombramiento de un solo representante,

⁹⁵ En el mismo, pp. 109 y 110.

⁹⁶ En el mismo, pp. 201 a 214.

⁹⁷ En el mismo, pp. 214 a 218.

que como hacían otras naciones, mantuviera el derecho español al control de las islas, pero sin tropas, ni colonias, ni gastos, pues con el modelo actual la pérdida presupuestaria salía a precio de oro. El nombramiento se haría a un ciudadano español que residiera en las mismas Carolinas, y cada 6 meses o una vez al año, que un barco de guerra visitase las islas para enterarse de las novedades, y en caso necesario para hacer justicia⁹⁸.

A su juicio lo gastado en las Carolinas convendría invertirlo en las Filipinas, pues las islas de Luzón, Mindoro y Mindanao eran supuestos emporios de riqueza si se ponían en explotación, de manera que se alineaba en la facción de los colonialistas inversores capitalistas y no en la de los colonizadores quijotes, que era la que se aplicaba a las Carolinas. La conclusión era que con aquel planteamiento la causa española no había obtenido ningún prestigio, ni ningún poder, ni ningún beneficio aunque pusiera los medios que ponía. A su vez en materia religiosa consideraba que sería más efectivo sacar a algunos jóvenes de las islas, llevarlos a instruirse a Manila o a cualquier otra misión católica, y que luego devueltos a sus comunidades ayudasen a los padres misioneros a continuar el proselitismo como hacían los metodistas, con sus escuelas de ambos sexos establecidas en Oalam o Kusai en la parte más oriental de las Carolinas⁹⁹.

Sus conclusiones tras sus amplios comentarios, observaciones y críticas eran simples, realizar una retirada paulatina de las Carolinas hasta dejar un solo representante, dedicar el presupuesto al desarrollo de Filipinas, y dejar la civilización de los nativos a los religiosos basándose en el modelo empleado por los metodistas norteamericanos. Para suavizar tal vez la impresión que pudiera producir su trabajo terminaba por comentar que no presumía de tener ideas propias, sino que las había tomado de otros, y por lo tanto que eran plagios de ideas que predominaban en la opinión pública, lo que sonaba un poco a falsa modestia, cuando a continuación apostillaba que si sus ideas servían para algo, sería la primera vez que en su vida hacía algo útil a favor de su patria¹⁰⁰.

⁹⁸ En el mismo, pp. 219 a 212 y 223.

⁹⁹ En el mismo, pp. 224 a 227.

¹⁰⁰ En el mismo, pp. 228 y 229.